

# LAS 101 CAGADAS DEL ESPAÑOL

REAPRENDE  
NUESTRO IDIOMA  
Y DESCUBRE  
ALGUNAS CURIOSIDADES



MARÍA IRAZUSTA

Lectulandia

*Las 101 cagadas del español* es un ameno bestiario de desafueros lingüísticos escrito por María Irazusta, en colaboración con un grupo de periodistas, que han salido al rescate de nuestra maltratada lengua siguiendo la consigna platónica de que aprender es recordar. Una obra didáctica, entretenida e irónica que señala los errores más frecuentes de nuestro idioma y se cuestiona incluso algunas decisiones contradictorias de la RAE: ¿por qué acepta aberraciones como *almóndiga* o *asín* y, sin embargo, destierra *negrísimo* para defender *nigérrimo*? Pero ya mucho antes, Lope de Vega, Umbral, Torrente Ballester o el mismísimo Delibes la cagaron. Y partiendo del error humano y de la naturaleza mutable del lenguaje, aquí hallarás algunas claves (y otras curiosidades) para aprender español.

**Lectulandia**

María Irazusta

# **Las 101 cagadas del español**

**Reaprende nuestro idioma y descubre algunas curiosidades**

ePub r1.1

jandepora 27.08.14

María Irazusta, 2014

Diseño de cubierta: Rodrigo Sánchez

Editor digital: jandepora

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A mi diosa, mi madre.*

MARÍA

## La voz y la palabra

Son caprichosas, melancólicas, nostálgicas. Envejecen mal. Se ponen tristes con más frecuencia de la debida. En ocasiones son perversas, confunden a quien las dice, y existe un tiempo en que las palabras, todas las palabras, pierden el registro primigenio y se perturban y no encuentran el camino de salida, el mecanismo preciso que da cuenta y razón de su significado.

Se desorientan en un laberinto enmarañado y se vuelven silencio, o quejido, o lamento.

Suelo contar que en el hogar de los nombres, en el lugar en donde viven las palabras, en los libros que las encierran, en las páginas que reivindican los textos, que nos acercan a los lugares en donde fuimos felices, a veces llega la desmemoria que borra las frases, que provoca que el olvido juegue con un viento que destierra las sílabas, que oscurece las letras y deja las páginas en blanco.

Es la desmemoria de los libros moribundos aquejados de un mal que ataca las bibliotecas, que envilece los anaqueles, que hace que la muerte de las palabras se instale en las librerías.

Cuento un suceso que acaeció, que protagonizó una antigua edición de la *Divina Comedia* de Dante, que ocupó y ocupa un lugar de honor entre mis libros más amados, como antes le aconteció de idéntica guisa en las bibliotecas de mi padre después que mi abuelo le donara tanpreciado tesoro.

Pues bien, la obra del Dante, zalamera y coqueta, me urgió durante mucho tiempo a que me perdiera entre sus páginas cuando el aroma del verano se presagiaba en las primaveras.

Descendía con su autor a los infiernos, o me quedaba prendido de esa belleza pérfida del Purgatorio en los decadentes otoños.

Un día ignoré aquel libro de primorosa encuadernación, con sus tapas de piel desvaídas por el uso, ajadas por la frecuencia de lecturas reiteradas, y se quedó yerto, frío como un cadáver en el lugar que ocupaba en mi biblioteca familiar.

Una tarde, era abril y habían pasado algunos años, procuré el tomo, busqué la página que recordaba, y al encontrarla descubrí que las frases se habían borrado.

Entonces busqué, y encontré, una edición popular de la *Divina Comedia*, y comencé a leer en voz baja, casi susurrando, el texto que en la vieja edición había desaparecido, y de inmediato vi como brotaban las palabras, crecían las sílabas, se

engarzaban las frases y se completaba la página que había huido cabalgando tristezas.

Nunca más deje que el tiempo borrara mi memoria libresca y que me fuera llevando a ese desván oscuro donde vive el olvido.

Tengo ante mí una suerte de manual que contiene una miscelánea, un juego de palabras que sintetiza lo que da en llamar las 101 cagadas (y otras curiosidades de nuestro idioma). Un libro a muchas manos, un recopilatorio colectivo que tiene vocación de texto heterodoxo para reaprender el español y reiniciar el disco duro de un idioma tan grande como la mar oceánica, tan vilipendiado y agredido como un rap chicano, tan transgredido como una gavilla de líneas rojas traspasadas.

Meritorio empeño que tiene en su enunciado el entrañable coño de la Bernarda ubicado en el corazón mismo del corral de la Pacheca. En llegado a este punto y para aviso de navegantes, debo decir que, al igual que García Márquez, nunca he sido partidario de poner corsés al idioma, de salpimentar los textos con tildes y un surtido de puntos, comas y apéndices exclamativos para resaltar interjecciones.

Mi procedencia y admiración por la tradición oral del idioma me impide ser agrimensor de la lengua y perito gramático, pese a mi profundo respeto por las normas que apuntalan lo que hablamos y escribimos.

Me he divertido cuando en este libro he vuelto a encontrar los pecados capitales del español y los remansos de la vida secreta de las palabras, las curiosidades de la cultura popular haciendo permanentemente mutis por el foro con más moral que el Alcoyano. O ese catálogo básico de las palabras dudosamente moribundas —merecen un nuevo libro solo para ellas— que no son otra cosa que los meandros por donde —¿o se dice *entre*?— discurre el gran río de la lengua.

Me solicitan, ¡pobre de mí! un prólogo, un pórtico o prefacio como cuando Violante da instrucciones para escribir un soneto. Los preludios deben, según el canon, ser amables y eficaces. Cioran —¿o no era él?— señalaba que deben ser una invitación a la posterior lectura. Yo así lo intento y aun a fuer de ser de oficio un tanto redicho, aconsejo que las páginas que vienen a continuación deben ser leídas con ese placer antiguo de lo bien escrito, de lo ameno e, ítem más, de lo útil.

Nosotros que no fabricamos maquinaria industrial, ni diseñamos vehículos a motor como si nuestra industria fuese alemana, tenemos el mejor de los activos, nuestro personal conjunto de bienes de equipo, en el idioma. El español es nuestra riqueza, una lengua que se universaliza en su crecimiento.

Y este libro, en este libro, viven los recursos idiomáticos más frecuentes, los usos más deteriorados de las perversiones cotidianas en el modo de hablar, y los remansos felices de una lengua viva en constante evolución/involución.

El argot, las mil maneras de entenderse en español, desde lo que el libro da en llamar «chulapismos», que no es otra cosa que un cierto lenguaje coloquial madrileño —*chachi, mendas, gachís, piltra, parné*—, nos va llevando al lunfardo porteño o al

modo de expresarse en español que se utiliza en México.

Es evidente la preocupación que el equipo de María Irazusta hace patente cuando de comunicar se trata, incluso ese invento cuestionable que se ha dado en llamar *Marca España*, aunque no aparezca de modo expreso en el texto y sí la internización de marcas comerciales —martini, casera o aspirina— en el lenguaje de uso cotidiano. «El sueño del publicitario», así titulan el epígrafe, constituye una singular apoteosis de la metonimia. Capítulo aparte merece el señalado uso de anglicismos, tan traído y llevado cuando de tópicos del idioma se trata, que aporta un dato novedoso avalado por la RAE, que da cuenta de que solo 130 palabras en inglés son de uso corriente en nuestra lengua «una gota de agua (*sic*) en el océano de más de 90 000 vocablos del español».

Sin embargo, la influencia del árabe en el español es muy notable. El peso de ocho siglos de dominación musulmana impregnó de manera transversal toda la vieja lengua española, tras su evolución del latín. Este libro fija en un 8% del vocabulario total, en más de 4000 palabras, el legado idiomático del árabe.

No podía faltar en este florilegio de la lengua la zarzuela surtida de leísmos, laísmos y dequeísmos esencialmente contaminantes en nuestro modo de hablar y de escribir.

El libro, ameno y didáctico, esencialmente divertido, es un monumental conjunto de vicios del idioma, suavizado por curiosidades costumbristas —tio vivo, picos pardos— y un pre catálogo de palabras en vías de extinción, arcaísmos moribundos que nadie reivindica y que sufren la ignorancia de su uso. El libro es un gigantesco manual, un amplio surtido de fe de erratas de la lengua española.

Tampoco podía faltar el paraguas polisémico y solemne de la Real Academia Española, impregnando respetuosamente todo el texto. La tricentenaria Academia obsesionada con limpiar, fijar y dar esplendor a un idioma en constante expansión. La facilidad última, reciente, de la Academia y su docto consejo, para incorporar al diccionario voces pintorescas, provoca en quienes sentimos un profundo respeto por cómo se habla, por cómo se dicen y construyen frases y vocablos, un sentimiento cuando menos contradictorio.

Las palabras son seres orgánicos, vivos, en permanente alerta. Conviene llegar a pactos, acuerdos, para no violentarlas. Las palabras son oraciones civiles, música callada, imprecaciones asesinas, son falaces y mentirosas, amables y románticas, son lluvia y rocío, atardeceres y alboradas, son llanto y risa, días de fiesta y jornadas de luto, excesivas y tímidas, saludos primeros y adioses definitivos. Nunca, desmintiendo a Mina, son solo palabras, palabras, palabras...

Ramón Pernas  
crítico y escritor  
Madrid, febrero de 2014

# Introducción

*Lo único necesario para que triunfe el mal  
es que los hombres buenos no hagan nada.*

EDMUND BURKE

Esta frase, que forma parte de mi repertorio de cabecera vital, refleja el propósito de este libro. Un libro que profesa el noble arte de defender la preciada y preciosa lengua de Cervantes de las tropelías ortográficas, desafueros sintácticos y semánticos que cometen bellacos, felones e indolentes de toda laya y condición. Un libro que nace del dolor de observar cómo nuestro idioma se desangra por las reiteradas puñaladas que recibe, sobre todo de mano de jóvenes internautas, aunque también de afiladas plumas que, vestidas de doctas en la materia, apuntan a los órganos vitales de nuestra lengua. Y ello sucede, curiosamente, en un tiempo en el que el número de licenciados universitarios es el más alto de la historia y en el que la comunicación escrita (correo electrónico, *whatsapp* y redes sociales) está adquiriendo un protagonismo sin precedentes.

Así que durante nuestra guardia hemos dado caza a polizones lingüísticos, rescatado palabras moribundas al borde del precipicio del olvido léxico y desenmascarado otras que bien merecerían ser ejecutadas al amanecer. Y nos ha quedado tiempo para conocer el origen de algunas curiosidades o frases tan utilizadas como, por ejemplo, *el coño de la Bernarda*, *ir de picos pardos* o *que lo haga Rita*.

Dicho esto, no pretendemos abarcar todos los errores u horrores de la lengua española, pero sí evitar que ciertas incorrecciones, que se enredan en la lengua como la masa de harina se pega a las manos, permanezcan ensuciando nuestro discurso.

Esta obra, cimentada con rigor y fundamentalmente didáctica, se apoya en una redacción despejada de artificios, entretenida e irónica. Esta obra es el fruto de mi aversión, cincelada durante años, al sistemático mal uso del lenguaje. Animadversión que ha llegado a ser un tic, compartido por el excelente equipo de esta agencia, que ha colgado el cartel de «Se busca» para expresiones como: *nexo de unión*; *en base a*; o *a nivel de...* Y, para su desdicha, no cesan de detectarlas a diario en discursos, reuniones de trabajo y redacciones periodísticas. También compartimos un grupo de palabras fetiche y otras que nos cautivan, buena parte de ellas recogidas y reconocidas a lo largo de las siguientes páginas.

Aunque en el texto tratamos el idioma con el máximo respeto y seriedad, hemos lanzado un grito con el que hacemos oír en las redes sociales. Un chillido que toma forma de exabrupto al utilizar la palabra *cagada* en nuestro irreverente título, *Las 101 cagadas del español*, para que actúe como resorte de nuestro templado subtítulo, *Reaprende nuestro idioma y descubre algunas curiosidades*.

He de reconocer que la conveniencia de elevar a rango de título un vocablo tan poco elegante —y que a algunos de nuestros distinguidos clientes del Ibex 35 se les puede antojar zafio— provocó un intenso debate entre los coautores del libro, sobre todo, en su calidad de conocedores del *modus operandi* de las redes sociales, en las que buena parte de lo que digas puede ser utilizado en tu contra. Pero decidimos asumir el riesgo ante esta palabra llamativa, elocuente, inofensiva y tan de la calle que, sin duda alguna, atraparé la atención de nuestros potenciales y anhelados lectores.

Vaya por adelantado que es más que posible que alguna de nuestras entradas alguna cagada incluya. Como ya antes la cagaron Lope de Vega o Umbral, usando *espúreo* por *espurio* en sus brillantes escritos; y también Torrente Ballester o el mismo Delibes, reconocidos leístas. Nada de ello restó ni un ápice de belleza a sus textos o mermó sus preciadas contribuciones a nuestra cultura. Si hasta el propio Lázaro Carreter admitió haber cometido algún error, cómo osaremos nosotros, cual fatuos eruditos, escapar del yerro humano.

Y ya entrados en confesiones, he de admitir que no solo mostré reparos con el ocurrente título del libro, también al referirnos en la obra al español, en vez de optar por el castellano. Pero la RAE tomó partido por nosotros. El español es el idioma con el que se comunican 500 millones de personas en el mundo, y nuestra defensa de esta preciosa y preciada lengua no se refiere solo a los 45 millones de habitantes de España. El español que se habla fuera de España también está presente en nuestro libro a través de palabras de uso frecuente en, por ejemplo, México o Argentina.

Nunca el lenguaje debería servir como ladrillo con el que erigir los muros de la intolerancia que nos separa, sino como amalgama que nos une. Y en este punto no hubo duda alguna: quise que este libro no estuviera escrito solo por mí, sino que fuera una obra colectiva, con diferentes registros y distintos orígenes; un grupo heterogéneo, pero unido por la elección de una profesión que tiene en nuestra lengua su principal herramienta de trabajo.

Un equipo que, ya hace casi dos años, comenzó con la publicación en Facebook de algunas entradas de *ReAprendeEspañol*, germen de lo que hoy es este libro. Fue precisamente la magnífica repercusión que tuvimos en las redes sociales y el aplauso general al tono distendido en el que estaban escritas lo que nos animó a dar a luz a este, ampliado y mejorado, digno heredero.

Para la elaboración de estos textos hemos bebido de muchas y variadas fuentes,

pero no solo de sesuda bibliografía ha vivido nuestra amada obra. Os dejo con algunos de los ingredientes básicos que alimentaron la escritura de estas páginas:

- 780 cafés del Starbucks, 260 hechos en la agencia y 302 Coca-Cola Zero (cifras exactas).
- 108 hogazas de pan negro recubiertas con aceite de oliva virgen y sal de Formentera.
- 156 barritas de SpecialK.
- 6 000 minutos de reproducción de música (o 1 500 canciones, el dato que más te guste).
- 93 *post-it*.
- 1 caja de aspirinas y 2 de ibuprofenos.
- 1 bandeja de comida de avión de British Airways, que no tengo intención de describir.
- 8 ordenadores, 3 iPad y 4 iPhone, 1 Samsung Galaxy y 2 BlackBerry.

Muchísimas horas —mejor no contarlas— de intenso trabajo, acompañadas de relajadas charlas, profundas disertaciones, muchas risas y hasta sueños recurrentes con el libro. Y, sobre todo, toneladas de pasión e ilusión.

Si solo disfrutas leyéndolo un 0,5% de lo que nosotros hemos disfrutado escribiéndolo, nos sentiremos muy satisfechos. Si dejas de cometer, al menos, cinco errores en los que sueles caer, nuestra dicha será completa.

María Irazusta  
Socia directora de Irazusta Comunicación

## Sin eufemismos: Obama es negro



La duda ofende y la realidad, a veces, también. Por eso tendemos a camuflarla.

Sin ambages, y sin ánimo de ofender, defendemos la verdad del titular: *Obama es negro*. La expresión ni es ni pretende ser peyorativa, entre otras razones, porque el adjetivo tampoco lo es.

Que Barack Obama es negro es evidente, pero pocas veces veremos escrito ese aserto por temor a ofender. Para evitar términos como *negro*, considerados de mal gusto, la lengua dispone de eufemismos o, lo que viene a ser lo mismo, del lenguaje de lo políticamente correcto, que prefiere **de color** o **afroamericano** para referirse a la raza negra, **interrupción del embarazo** en lugar de *aborto*, **desfavorecidos** antes que *pobres* o **faltar a la verdad** para evitar *mentir*.

Esta tendencia a enmascarar la realidad hace que seamos imprecisos en muchas ocasiones. Como sostiene el periodista Enric González, «esas palabras inofensivas acaban desplazando a otras más útiles». Así, nos encontramos con que los salarios no están *bajando*, sino **moderando su subida**, con que el *descenso* ha sido injustamente apartado de los textos económicos y sustituido por el **crecimiento negativo**, o con que *ser despedido* haya pasado a **ser desvinculado**.

Como dice la canción, nunca es triste la verdad; lo que no tiene es remedio.

## Femeninos travestidos



unca digas *De ~~este~~ agua no beberé*, porque además de arriesgado es incorrecto. En cambio sí puedes decir: *El agua que no has de beber, déjala correr*. Este extraño fenómeno de travestismo tiene una explicación: los sustantivos femeninos que van precedidos de un determinante masculino (*el agua, el arma...*) cumplen dos requisitos: comienzan por *a* y el acento recae sobre la primera sílaba. O dicho de otra forma: la razón es evitar la unión de dos vocales idénticas y ambas tónicas: [láágua], [láárma], algo que no ocurre, por ejemplo, con *la arena* o *la alarma*.

La teoría se complica cuando queremos emplear otro determinante, ya que la regla solo se aplica a *el, un, algún* o *ningún* —porque en latín eran femeninos—, excluyendo a todos los demás, como *este, ese* o *aquel*. Bebemos *el agua*, pero no cualquiera; solo *esta, esa* o *aquella* agua.

A esta curiosa excepción se suman otras limitaciones:

- Solo es de aplicación para el singular, ya que en los plurales estos sustantivos llevan determinantes femeninos.
- No tiene validez con las letras del alfabeto (*la hache, la a*) o los nombres de ciudades o países (*La Ávila que yo conocí*).

Cuidado con estos sustantivos travestidos que son capaces de cambiar hasta el refranero.

# Un traje de baño más explosivo que la bomba de Bikini

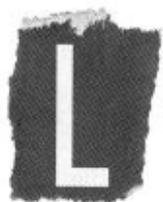
**1946.**

El diseñador Louis Réard presenta en Francia una prenda revolucionaria: un traje de baño de dos partes. La otra revolución: ninguna modelo quiso lucir tan extraña pieza, y solo una bailarina de cabaret decidió ponérsela. Ella fue la que, sin pretenderlo, dio nombre al traje de baño que invade nuestros veranos, al comentar a su creador que ese rompedor bañador iba a ser más explosivo que la bomba del atolón Bikini, uno de los arrecifes utilizados por Estados Unidos para probar sus bombas atómicas.

Si la introducción de esta prenda fue polémica en España, donde estuvo prohibida durante un tiempo, su escritura aún lo sigue siendo: **bikini** mejor que *biquini*, según la última edición de la *Ortografía de la lengua española*.

Por una vez, calle y Academia coinciden: la *k* ha ganado la batalla. Tal vez el éxito de este grafema se deba a la pereza, tan española, que nos lleva a optar por la *k* para ahorrarnos la *u* que acompaña a la *q*. Curiosamente, la RAE no acepta *trikini* ni *monobikini*, aunque ha sucumbido al anglicismo *topless*, ya tan extendido como la práctica que designa.

## *Descambiar, una falsa incorrección*



Las rebajas abren la veda de las devoluciones de aquellas cosas que, por alguna razón, no nos terminan de convencer.

Quizá sea este el mejor momento para desterrar de nuestro inventario de incorrecciones un falso error gramatical, porque, en contra de lo que pudiera parecer y por más que suene extraño a los finos oídos capitalinos, para referirnos a este canje o devolución es totalmente correcto emplear el verbo **descambiar**. Así lo dice la RAE, que lo recoge desde hace casi dos siglos para expresar la idea de que se deshace un intercambio comercial: el de un producto a cambio de dinero.

Aunque el verbo, en puridad, significa ‘deshacer un cambio o trueque’, también es aceptado su uso coloquial con el sentido de ‘devolver una compra’, ya que se trata de deshacer un cambio anterior, el realizado en el momento de la adquisición al entregar dinero a cambio de un artículo.

Así que, en las próximas rebajas, a **descambiar** sin complejos.

# ¡Manda huevos con manda uebos!



de cómo una expresión ha visto transformado su significado y su grafía por un intento de escribir correctamente lo que parece ser y en realidad no es.

En contra de lo que se pudiera creer, ni los huevos que ponen las gallinas ni los que, en sentido figurado, simbolizan la gallardía de un hombre o, en sentido más vulgar, aquellos que hacen referencia a la parte menos noble de su anatomía, se encuentran en el origen de esta conocida expresión. La expresión inicial procede del latín *opus* ('obra', 'trabajo' o 'necesidad') que derivó en **uebos**.

Es decir, la manida expresión que llegó a escucharse hasta en el Congreso de los Diputados de España, y que la mayoría transcribiría como «¡Manda huevos!», es en realidad **manda uebos** o, lo que es lo mismo, *mandat opus* ('la necesidad obliga'). Esta expresión es mucho más cercana para quienes tienen conocimientos jurídicos, pues es en el ámbito judicial donde ha conservado su sentido y grafía original. Seguro que ahora se entiende mucho mejor el titular que acompaña a este texto.

## La alma máter



uando en el uso del lenguaje lo falso toma forma de verdadero y, además, de cultismo, es mucho más difícil de erradicar. Es el caso de la locución latina *el alma máter*, falsa por los dos costados, el del artículo y el del significado.

Lo correcto es decir **la alma máter** y no *el alma máter*. La razón es que, en este caso, *alma* es un adjetivo que significa ‘nutricia’, por lo que no se aplica la norma de poner artículo masculino delante de aquellos sustantivos que comienzan con *a* tónica. El error se produce porque se confunde con el sustantivo *alma*. *El alma pura*, sin embargo, sí estaría bien escrito.

En cuanto al significado, **alma máter** (del latín *alma mater*) quiere decir literalmente ‘madre nutricia’ y antiguamente era utilizado como sinónimo de *universidad*, por lo que cuando decimos que una persona es la alma máter de una empresa o proyecto no es etimológicamente correcto.

Quien se crea que es *el alma máter* de una fiesta que empiece por cambiar el artículo *el* por *la* y termine por pagar las rondas a sus amigos, si es que quiere acercarse al verdadero significado de esta locución: ‘ser el sustento’.

Cuando se trata de  *echar*, lo primero que hay que echar es la *h*

**U**

n truco que resulta muy útil es el de nuestro titular, pero la regla básica para saber si se escribe *hecho* o *echo* parece clara: el verbo **hacer** siempre se escribe con *h* (*He hecho un estudio*), y el verbo  **echar** siempre se escribe sin *h* (*Los eché del local*).

De hecho, las expresiones referidas a las acepciones menos conocidas del verbo  **echar** son las que suelen llevar a error, porque  **echar**, además de significar ‘dar’ o ‘repartir’ (*Echar las cartas, Echar de comer*), también quiere decir ‘hacer cálculos’ (*Tenemos que echar cuentas*) o ‘conjeturar’ (*¿Qué edad le echas?*). Pero, sobre todo, si echas de menos a tu amado escríbelo siempre sin *h* o echará a correr.

## Ir de picos pardos



Meretriz, ramera, fulana, hetera, pelandusca, jinetera, buscona, puta, prostituta, pendón... Hay formas más ofensivas o más poéticas de decirlo, pero a todas ellas Carlos III, en el siglo XVIII, les impuso la obligación de vestir faldas de color marrón (pardo) con los bajos cortados en forma de pico para distinguirlas. Cuando los caballeros de la época requerían sus servicios se decía que se iban de **picos pardos**, y de ahí viene la expresión todavía vigente.

En la actualidad ha perdido su trasfondo libidinoso y es utilizada por ambos sexos, en el sentido de irse de juerga o estar de parranda con amigos.

## No hay miembro que valga



El cuestionamiento del masculino genérico por discriminatorio nos ha llevado a la utilización de fórmulas desdobladas (*niños y niñas*) o de absurdos lingüísticos como *miembros* y ***miembras***. Siguiendo esta disparatada lógica, también deberíamos decir *ídolos e ídolas* o *personas y personos*.

Esto nos trae a la memoria un divertido y sarcástico ejercicio que hacía Javier Marías en su artículo *Todas las farsantas son iguales*: «Los ciudadanos españoles y las ciudadanas españolas estamos hartos y hartas de pedir a nuestros y nuestras gobernantes y gobernantas que se ocupen de los niños y las niñas inmigrados e inmigradas, que llegan recién nacidos y nacidas, famélicos y famélicas, desnudos y desnudas, sin dónde caerse muertos y muertas. Nuestros y nuestras políticos y políticas se ven incapacitados e incapacitadas para afrontar el problema, temerosos y temerosas de que los votantes y las votantes los y las castiguen: el que y la que sea partidario y partidaria de que esos niños y esas niñas sean españoles y españolas a todos los efectos, teme la reacción de los y las compatriotas y compatriotas proclives y proclivas a frenar el flujo de extranjeros y extranjeras —sean adultos o adultas, niños o niñas, recién nacidos o nacidas—, y amigos y amigas de una población compuesta por individuos e individuos autóctonos y autóctonas, homogéneos y homogéneas racialmente: los ciudadanos y las ciudadanas, en suma, que no creen que todos los hombres y las mujeres son iguales o igualesas».

Estas duplicidades, además de rebuscadas e innecesarias, son consideradas incorrectas por la RAE. Para los seres vivos se debe usar el masculino, que denota a todos los miembros de la especie, sea cual sea su sexo: *Todos los españoles son iguales ante la ley*.

La economía es uno de los principios del lenguaje. El desdoblamiento, esa nueva moda de utilizar por sistema el masculino y el femenino para referirse al conjunto, tiene un origen ideológico e ignora, precisamente, ese principio lingüístico. Un grupo mixto, compuesto por miembros de los dos sexos, debe ser designado por el masculino que, en este contexto, carece de marca y no denota uno solo de ellos, sino ambos. Y ello independientemente de la existencia en el grupo de un número mayor o

menor de miembros masculinos o femeninos. Digamos *trabajadores*, y no ~~*trabajadores y trabajadoras*~~, aunque haya más mujeres que hombres en el grupo al que hacemos referencia. Eso es lo correcto.

## Siempre detrás de ti



Siempre **detrás de ti**, pero nunca detrás tuyo. Ni delante, ni enfrente, ni encima, ni debajo. Ni siquiera nos vamos a poner un poco ~~cerca tuyo~~.

No se trata de nada personal. La razón de nuestra negativa es que los adverbios de lugar (*delante, detrás, encima, cerca, enfrente y debajo*) solo pueden ir seguidos de una construcción formada por la preposición *de* + pronombre personal (*detrás de ti, debajo de vosotros, encima de ellos, etc.*), y no deben ir seguidos de un pronombre posesivo (*mío, tuyo, suyo, nuestro, vuestro*), porque, aunque su uso esté muy extendido, no es correcto.

Ahora bien, sí podemos colocarnos con respecto a cualquiera, y nos ponemos donde haga falta, pero lo haremos correctamente: *detrás de ti; enfrente de ella; debajo de los árboles, etc.*

Sin embargo, hay expresiones que, sin ser adverbios, también explican la situación de uno con respecto a otro y admiten los posesivos. Por ejemplo, *alrededor* o *al lado*, que pueden confundirse con adverbios, pero son construcciones que combinan una preposición (o varias) con un sustantivo *a + el + rededor* o *a + el + lado*).

Para evitar errores, recuerda que el adverbio siempre debe ir seguido de la preposición *de* cuando se utiliza para expresar situación en el espacio con respecto a alguien o a algo.

## Palabras moribundas



Queremos rescatar del olvido la palabra...

**Pazguato.** Seguramente formado como *apazgado*. ‘Simple, que se pasma y admira de lo que ve u oye’.

*Ese muchacho es un pazguato.*

## La lengua del Quijote



ervantes era partidario de las palabras «claras, llanas y significantes»; sin embargo, cuando leemos *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* muchas de sus palabras nos suenan a chino.

**Non fuyades**, no huyas; **adarga**, lanza; o **rocín**, caballo, y muchas más joyas de la vieja lengua se han perdido por el camino. Otras, al menos, han conservado su raíz, como **holgar**, que en el lenguaje cervantino venía a ser ‘descansar’ y ahora mantiene su raíz en una palabra tan actual como *holgazán*.

Por suerte, en muchas regiones de España y muchos países de habla hispana algunas aún perduran. Como el caso de **gurriatos** (gorriones), el **escondelite** (el escondite de los niños de algunos pueblos), **desmedrado** (desmejorado, enflaquecido), **domeñar** (dominar) o **mostrenco** (ignorante o persona gorda y pesada).

Algunas de esas palabras, aunque en desuso, siguen siendo reconocibles. Todos sabemos qué es una **alcoba**, una **cómoda** o una **fresquera**, pero están abocadas a entrar en la rueda del olvido. Hoy, las conocemos. Mañana, la RAE dirá.

Para nuestras futuras necesidades de comunicación tal vez convenga revolver en el cajón de las palabras de **antier** (anteayer) o **trasantier** (trasanteayer, ‘el día anterior al de anteayer’) y rescatar algún que otro tesoro.

## Simultaneando que es gerundio



El gerundio es una forma verbal con muy mala prensa por su incorrecta utilización. Muchos hablantes cometen una incorrección llamada **gerundio de posterioridad**, que consiste en ignorar que esta forma solo se debe utilizar para expresar simultaneidad o anterioridad respecto a la acción del verbo principal de la frase: *Tuvo un accidente, ~~muriendo horas después~~ o Estudió periodismo, licenciándose en el 92.*

Entre los usos correctos del gerundio está su forma simple (*mirando*), que nos indica una acción simultánea: *Habló mirándonos a los ojos*, o anterior a la expresada por el verbo principal: *Imaginando el final, se preparó para lo peor*. Pero también se admite su uso en el caso de que las dos acciones vayan tan seguidas que quepa concebirlas como simultáneas: *Salió enfadado, cerrando de un portazo.*

En caso de duda, te ofrecemos un truco muy sencillo: si el gerundio admite la sustitución por *mientras* y una forma verbal conjugada sin perder su sentido, entonces es correcto: *Manuela fue al trabajo fumando un cigarrillo* es tan correcto como decir *Manuela fue al trabajo mientras fumaba un cigarrillo.*

La próxima vez que emplees un gerundio, hazlo sin miedo, pero, por favor, cerciérate de que lo haces correctamente. Duda de su buen uso cuando, al ubicar las acciones en el tiempo, necesites tirar de reloj o calendario.

## En contra de *contra*



uanto más me quieres, más me acerco, pero *contra* más me quieres, más me alejo. Y no es que seamos ciclotímicos; simplemente, los errores nos producen rechazo. La confusión entre ~~*contra*~~ *más* (o *menos*) y *cuanto más* (o *menos*) se repite con cierta frecuencia, tanto en el lenguaje verbal como en el escrito: ~~*Contra*~~ *más* me lo repitas, *menos* caso te haré; ~~*Contra*~~ *menos* juegues a la lotería, *menos* posibilidades tendrás de que te toque. En estos ejemplos, ~~*contra*~~ *más* y ~~*contra*~~ *menos* deben sustituirse por *cuanto más* y *cuanto menos*, que expresan cantidad. Utilizar la preposición *contra* en estos casos está considerado, cuando menos, un vulgarismo.

También la locución adverbial *cuando más* (o *menos*) se presta a error y se confunde con *cuanto más* (o *menos*). *Cuando más* significa ‘a lo sumo’ o ‘como mucho’, y *cuando menos* quiere decir ‘al menos’ o ‘como mínimo’. Por ejemplo: *La impuntualidad supone, cuando menos, una falta de respeto para quien espera; Había, cuando menos, veinte famosos en la fiesta.* Por lo tanto, no sería correcto decir: *La impuntualidad supone, ~~cuanto~~ menos, una falta de respeto para quien espera o Había, ~~cuanto~~ menos, veinte famosos en la fiesta.* Para subsanar este error existe un truco:

- Si se puede sustituir por ‘como mucho’ → *cuando más*.
- Si se puede sustituir por ‘como mínimo’ → *cuando menos*.

Sin embargo, *cuanto más* (o *menos*) significa ‘con mayor (o menor) motivo’ y se emplea siempre en dos frases en las que la variación de una influye en la siguiente: *Cuanto más deporte hago, mejor me encuentro; Cuanto menos salgo a cenar, más ahorro.* Esperamos, cuando menos, que al leer este texto se deje de usar *contra* incorrectamente, y que *cuanto más* se lea más claro quede.

## Las palabras y el efecto Humpty Dumpty

**C**

asi nada es eterno, y tampoco el significado de las palabras que, muchas veces, cambia por olvido de su sentido original o por contagio.

Así ocurrió con la palabra **álgido**, en origen algo ‘muy frío’, que acabó siendo un momento o punto ‘culminante’; o con **sofisticado**, en un principio algo ‘falsificado’ o ‘adulterado’, que ha terminado en algo ‘falto de naturalidad’; o con **enervar**, que fue ‘debilitar’ mucho antes que ‘poner nervioso’.

A veces, por estas modificaciones semánticas, la palabra puede acabar expresando casi lo contrario de su sentido original. El adjetivo **nimio**, del latín *nimius*, significaba ‘excesivo’ o ‘demasiado’ y, en la actualidad, ha pasado a ser casi su antónimo: ‘insignificante’ o ‘sin importancia’. Otro ejemplo sería el adjetivo **lívido**, que cambió de color, pasando del ‘amorado’ al ‘intensamente pálido’ actual.

Sin llegar al extremo de Humpty Dumpty, el huevo de *Alicia en el país de las maravillas*, que se vanagloriaba de hacer que las palabras significasen lo que él quería («La cuestión es saber quién manda»), la RAE parece tenerlo claro: a la hora de aceptar significados, lo que manda es el consenso de los hablantes.

## Ni sí, ni no, ni todo lo contrario

**D**

oble negación no es afirmación. En español, y en otras lenguas naturales, no se aplica la regla de que dos negaciones dan lugar a una afirmación, algo que sí ocurre en las lenguas donde rige la lógica matemática, por ejemplo, el inglés.

En nuestro idioma, la unión de varios adverbios de negación no anula el sentido negativo de la frase, sino que lo acentúa. Cuando el adverbio **no** acompaña a *nunca*, *jamás*, *tampoco*; a los indefinidos *nadie*, *nada*, *ninguno*; o a los grupos que contengan **ni**, se enfatiza el sentido negativo de la frase.

El esquema que dibuja la RAE sobre el uso de las dobles negaciones es básico:

- Si los adverbios citados anteriormente anteceden al verbo, no deben ir acompañados de la partícula **no**: *Nunca lo diré*.
- En cambio, si van detrás del verbo deben llevar el **no**: *No lo diré nunca*.

No seremos tan matemáticos, pero a la hora de explicar nuestra gramática somos bastante sistemáticos.

# Hola, Lola:



Existen numerosas **formas de saludo** en nuestras comunicaciones escritas, pero todas deben acabar con **dos puntos**; por lo menos, en español.

La modalidad de poner coma para terminar los encabezamientos de cartas, correos electrónicos y similares es anglosajona. Todo se pega, menos la hermosura pero, en nuestro idioma, las fórmulas de saludo van seguidas de dos puntos y no de coma, tanto si se trata de documentos formales como informales:

*Estimada señora:*

*Me dirijo a usted para solicitar...*

*Hola:*

*Hemos quedado para ver el fútbol...*

Si la oración es completa, se pueden sustituir por un punto. Por ejemplo: *Buenos días.*

Pero la práctica comete otro error y a veces olvida esta regla: si tras el *hola* va un nombre, entre ellos debe ir una coma, porque este ejerce de vocativo: *Hola, Lola.*

Señores y señoras, damas y caballeros, muy señores nuestros, querida Lola: por la presente reivindicamos la recuperación de los dos puntos perdidos de la cortesía epistolar española.

## La Pacheca por el corral y la Bernarda por...



El Tato, Perry, Picio, Rita, Abundio, la Pacheca, la Bernarda, Calleja o Pero Grullo no conquistaron ningún imperio, no ganaron un premio Nobel, ni un Pulitzer, ni tampoco descubrieron ninguna vacuna, ni siquiera inventaron algo necesario como el teléfono o la bombilla, pero ¡ay, amigo!, no pasa un día sin que nos acordemos de alguno de ellos. Históricos no fueron, pero existieron. ¡Vaya si existieron!

El pobrecito de Picio se llevó la peor parte, por feo, por ser muy feo, porque ser **más feo que Picio** ya tiene delito. Cuentan que este buen señor, zapatero de profesión allá por el siglo XVIII, estaba condenado a muerte y al recibir un inesperado indulto, de la impresión, perdió el pelo, las cejas, las pestañas y su cara se deformó. Así que, efectivamente, muy bien parecido no acabó.

Quizás a Picio no lo invitaban a muchos saraos, pero el que no se perdía uno era el Tato, torero que no faltaba a ninguna corrida, ni siquiera cuando se retiró. Aunque hubiera muy poca gente en la plaza, ahí estaba el Tato; hasta que un día la corrida fue tan mala que no asistió. «**No ha venido ni el Tato**», decían sus contemporáneos, y de ahí la expresión que se usa cuando a un sitio no acude nadie. Tato comparte honor con el ubicuo Perry (Perry Mason, abogado de ficción que nació en las novelas policíacas) de ser un indicativo de popularidad, ya que si no han venido ni el Tato, ni Perry, tu capacidad de convocatoria es nula.

Existen otras historias, más o menos curiosas, como la de Saturnino Calleja (a quien debemos la expresión **tener más cuento que Calleja**), que tenía una editorial especializada en cuentos infantiles. O la de **Pero Grullo**, personaje al que le gustaba expresar verdades por todos conocidas. O la de Rita la Cantaora, de quien siempre se pregunta uno qué habría hecho para terminar haciendo lo que nadie desea. Dicen que esta cantaora de Jerez era muy obsequiosa con las peticiones de los espectadores y eso justificaba que sus compañeras, menos generosas, cuando alguien hacía alguna petición al margen del espectáculo, dijese: «**Que lo haga Rita**».

Así, todo bien explicado, para que nadie diga que esto está desordenado y reina la confusión, vamos, para que no parezca el **corral de la Pacheca**, antiguo teatro

regentado por Isabel Pacheco, la Pacheca, en una corrala de la calle Príncipe de Madrid. No confundir con *el coño de la Bernarda*, que no significa que esté desordenado, sino que entra y sale todo quisqui sin orden ni concierto. Acerca de la Bernarda circulan varias versiones, o bien que era una prostituta famosa por el buen desempeño de su profesión, o que era una santera (no queda muy claro si de las Alpujarras o de Ciudad Real) que repartía milagros haciendo que los necesitados le impusieran las manos en sus partes: volvía fértiles a las mujeres, lograba buenas cosechas, sanaba al ganado... De ahí la expresión referente a tan manoseadas partes pudendas.

Y para terminar, qué decir de **Abundio**, el único del que no hemos podido hallar una historia convincente. Es, quizá, el más conocido de todos, porque quién no ha dicho alguna vez: «*¡Eres más tonto que Abundio!*», que echó una carrera solo y quedó segundo.

## No te comas la coma



El poder de la coma se infravalora, ya que un mal uso puede provocar algún malentendido o cambiar por completo el significado de una frase: *Lorenzo no tiene perro. No, es verdad;* o *No es verdad*. Comerse una coma puede ser peligroso: *¿Me pasas la sal, gorda?*, en lugar de *¿Me pasas la sal gorda?*

La coma es incuestionable en enumeraciones, incisos, acotaciones entre subordinadas, como sustituta de un verbo y en cualquier condicional que empiece por *si* (*Si quieres, te invito a desayunar*), entre otros.

Hay otros casos en los que vacilamos a la hora de utilizarla. Por ejemplo, una de las dudas más frecuentes se produce cuando se invierte el orden del complemento circunstancial dentro de una oración. Si el complemento va después del verbo, no debe llevar coma. Si lo ponemos antes del verbo puede llevarla, pero no es necesaria: *No dudaremos a la hora de poner las comas tras leer esta entrada;* *Tras leer esta entrada, no dudaremos a la hora de poner las comas.*

Por semejanza en la entonación con este último tipo de frase, a veces escribimos de forma errónea una coma entre el sujeto y el verbo, especialmente cuando aquel es largo y complejo: *Este hombre de la chaqueta arrugada y con aspecto desaliñado que ha venido esta mañana (¿) habla bien*. Por muy largo que sea el sujeto (*Este hombre de la chaqueta arrugada y con aspecto desaliñado que ha venido esta mañana*) y muy corto el predicado (*habla bien*), la entonación no debe llevarnos a colocar una coma entre uno y otro. Lo correcto es: *Este hombre de la chaqueta arrugada y con aspecto desaliñado que ha venido esta mañana habla bien*.

A veces, el uso de la coma es también algo subjetivo. Nosotros somos *comeros*; nos gusta marcar las pausas breves. Cuando puntuemos, hagámoslo a conciencia, guiados por la norma hasta donde llegue y más allá.

## Ojalá o implorar al dios árabe sin saberlo



El influjo del árabe en el español es mucho más sorprendente de lo que imaginamos. Su dios está en nuestros más profundos deseos: *lawsha'aAllah* ('si Dios quisiera') pasó a ser oxalá en castellano antiguo, y ahora es nuestro **ojalá**.

Casi ocho siglos de dominación árabe en la península han dejado un patrimonio de más de 4 000 palabras (alrededor de un 8% de nuestro vocabulario total). Después del latín, es la lengua que más léxico nos ha aportado. Culturalmente, la civilización musulmana era entonces mucho más avanzada que la cristiana, por lo que los arabismos abarcan casi todas las actividades de la vida.

Términos tan comunes a la hora de expresarnos como *hola, alfombra, café, dado, limón, taza, paraíso, rubia* o los populares *fulano* y *mengano*, entre otros muchos, forman parte de la huella lingüística árabe. Los más comunes, y también los que con mayor facilidad asociamos a la lengua del islam, son los que comienzan por el artículo *al* (*almohada, alforja, alcoba, albañil, albaricoque...*) o el sufijo *-í* para formar gentilicios o sustantivos (*ceutí* o *jabalí*). Pero son muchísimas más las voces que campan por nuestro idioma gracias a los musulmanes, ya que traían vocablos de otras lenguas como el sánscrito, el persa o el griego.

Lo extraordinario de los idiomas es que a veces conviven en ellos, procedentes de distintas lenguas, términos que significan lo mismo. En nuestro caso son frecuentes los dobles nacidos del árabe y del latín. Así, por ejemplo, utilizamos indistintamente *aceituna* y *oliva, jaqueca* y *migraña*, o *alacrán* y *escorpión*.

## Periodiquismos

U

nas veces por prisa, otras por ignorancia, pereza o simple mimetismo, los medios de comunicación actúan de correa de transmisión de usos erróneos del idioma. Se ponen a barajar unicidades incontestables, se pasan de enfáticos al valorar, hacen girar como una peonza lo que oscila, o convierten en usurpador o en presuntuoso a un simple cuadro medio en el legítimo ejercicio de su cargo. Aunque estas incorrecciones verbales no tengan padre conocido, acaban siendo tan propias del periodista como la buena información que firma.

Así es frecuente leer: *La policía ~~baraja~~ el suicidio como hipótesis*, o que tal compañía ~~baraja~~ la posibilidad de ampliar capital. **Barajar**, en sentido literal, consiste en mezclar los naipes antes de repartirlos y, en sentido figurado, se refiere a la acción de considerar o jugar con varios elementos o supuestos. Poco tendrá que barajar el que solo tiene una carta en sus manos.

Otro de esos errores es ~~valorar positivamente~~ o ~~valorar negativamente~~: *El ministro ha valorado positivamente las propuestas; La crítica ha valorado negativamente la obra*. El primero es una redundancia, porque cuando se valora ya se está reconociendo el valor o mérito de algo o alguien, y el segundo es casi un oxímoron, porque es imposible valorar algo de manera negativa.

También es frecuente leer que tal o cual personaje ~~detenta~~ tal o cual cargo, cuando ni siquiera cabría decir que lo ~~ostenta~~, ya que simplemente lo desempeña u ocupa. Porque **detentar**, según la RAE, es ‘retener y ejercer ilegítimamente algún poder o cargo público’; **ostentar** es ‘poseer públicamente algo considerado un honor o un privilegio’, y a veces la cosa no da más que para un humilde y correcto *ejercer* o *desempeñar*.

Del mismo modo, es incorrecto decir que algo es completamente gratis, porque nada es parcialmente gratis, o asegurar que algo suele ser habitual, porque si algo suele ocurrir, será porque se da de forma frecuente y habitual. Tampoco se puede escribir bajo ningún punto de vista, porque, incluso haciéndolo bajo el paraguas de una opinión prestada, se hace siempre desde algún punto focal. Tampoco es correcto afirmar que algo (la gasolina) oscilará alrededor de un 10%, porque *oscilar* no es dar

vueltas, sino efectuar movimientos de vaivén; o que tal ley contempla una ampliación del plazo, porque solo *contemplan* los seres vivos y no hay ley, por bien redactada que esté, que tenga capacidad para contemplar. Solo los poetas en raptos de inspiración o los personajes como Napoleón tienen licencia para hacer que los entes, las cosas y los cuarenta siglos de las pirámides de Egipto nos contemplen.

## Palabras moribundas



Q

Queremos rescatar del olvido la palabra...

**Estulticia.** Del latín *stultitia*. 'Necedad, tontería'.

*¡Cuánta estulticia!*

## Errores u horrores aceptados

# H

Hay una cantidad **abundosa** de personas que se molestan si los quiero **interromper** cuando escuchan la música del **harpa** para **zabullirse** en la noche y combatir la **soñolencia**. Yo prefiero pasear por la **hacera** de mi calle como un **somnánbulo** para ver la **rosalera**, los árboles de hoja **perene** y al **réptil** que pone mirada de **harpía** cuando trepa por su tronco a punto de **podrirse**, aunque sea **prolífero** en hojas. A la vuelta del paseo me encanta tomarme un **vermú** o un **güisqui** con un amigo **travestí**, al que me gusta **rencontrar**, y que dice que soy un **hippie** porque fumo **mariguana**.

Es cuestión de gustos; sin querer ser **pretensioso** afirmo lo **ovio**: que hay palabras que tienen el don de la **ubiquidad** y les gusta estar aquí y allá, ser escritas de diferentes maneras, sin que eso signifique **vapular** ni **trasgredir** la gramática.

Por muy sorprendente que resulte, las palabras señaladas en negrita en el texto son algunos de los horrores, que no errores, que están aceptados por la RAE que, a nuestro juicio, llega demasiado lejos en su empeño de evitar ser elitista y recoge verdaderas «joyitas» del lenguaje justificándose en el uso que de ellas se hace.

## Preveer, un verbo inexistente



Preveer es un verbo tan difundido como inexistente en español. Se trata de una invención que se puede escuchar en doctas conferencias o en crónicas de prestigiosos periodistas.

El verbo correcto es **prever**, y está formado por el prefijo *pre-* y el verbo *ver*. Significa ‘ver con anticipación’, ‘pronosticar’ o ‘suponer’ a través de señales una cosa que va a suceder, y se conjuga como el verbo *ver*.

El otro, *preveer*, es un engendro producto de la mezcla de los verbos *prever* y *proveer*, de la cual surgen aberraciones tales como *preveyó* por *previó*, *preveyera* por *previera* o *preveyeron* por *previeron*.

El origen de este error es su parecido formal con *proveer*, que ha propiciado que se produzcan cruces entre las formas de conjugación de ambos verbos.

Por último, un apunte semántico: a pesar de que la tercera acepción del verbo **prever** que recoge la RAE sea ‘disponer o preparar medios contra futuras contingencias’, en este caso será mejor recurrir al verbo *prevenir*, que incluye el hecho de tomar las medidas necesarias para enfrentarse a un mal previsto. **Prever** será clarividente, pero es manco, y a la hora de enfrentarse a un futuro (incendio, crisis, accidente...) es mejor prevenir que, simplemente, pronosticar.

## Quizá, quizás, quizá



Como bien sabía el autor de ese monumento musical a la incertidumbre amorosa, **quizá** es el adverbio de la duda, la conjetura, la posibilidad... Tan bien representa la duda que hasta su uso genera cierta controversia. Según la RAE, tanto **quizá** como su melliza **quizás** son correctas. La -s final se añadió al **quizá** originario por semejanza con otros adverbios acabados en -as: *atrás, además, apenas, jamás, más, mientras...*

Aunque se pueden usar indistintamente, sirva la norma no escrita y que dicta el oído de usar **quizá** cuando la palabra que sigue empieza por consonante y **quizás** cuando antecede a un término que arranca con vocal: *Quizá todo sea un cuento; Quizás acabe reconociéndolo.*

El tiempo que mejor le sienta es el subjuntivo, el modo de la irrealidad y la posibilidad. Se trata de un adverbio de filiación latina, *quisapit* ('quién sabe'), cuya huella también quedó en el italiano *chissà*. Existen otros adverbios de duda (*igual, acaso, posiblemente, probablemente...*) o locuciones adverbiales (*a lo mejor, lo mismo, tal vez...*) pero, puestos a conjeturar, quizá sea mejor hacerlo en la corta y sonora antesala del **quizá**.

## Neoespañol en gestación



Entre políticos, periodistas, sindicalistas, empresarios y profesionales de todos los sectores estamos creando lo que Lázaro Carreter bautizó como **neoespañol**: un nuevo idioma aparentemente derivado del español, con el que, a este paso, guardará un lejano parentesco. En la mayoría de las ocasiones usar esta neolengua no es más que una incorrección, por bien que les suene a quienes la practican y, en otras, un artificio innecesario, cuando no un mero acto de mimetismo que, si está provisto de conocimiento, se convierte en necesidad.

Este neoidioma está plagado de todo tipo de *eventos programados* y *objetos versátiles* de diversa índole, dotados así de una capacidad que hasta ahora estaba reservada a los humanos. Allí, el empleo no se deteriora o se hace más inestable, simplemente se *precariza*; uno se *posiciona*, cuando debiera definirse o situarse; se *publicita*, para no dejarlo solo en que se anuncia; se *relanza*, cuando se quiere impulsar o reactivar; no se aumenta de tamaño, se *sobredimensiona*; ni se transmite ni se articula, se *vehicula*. Cuando se quiere iniciar se *inicializa*; las cosas no se resuelven, realizan o tienen lugar, se *sustancian*; no se aclaran, se *clarifican*; ni se devalúan, se *desvalorizan*. Donde bastaría enfocar, se *focaliza*; a la hora de resumir, se *sumariza*. En los partidos, no hay distintas corrientes sino *sensibilidades*, por no decir disidencias; los planes no se ponen en práctica, se *implementan*; las ideas o los goles no se plasman o se meten, se *materializan*.

En esta neolengua no se legitima, se *legitimiza*, que es más largo y suena más moderno; las cosas no se mejoran, se *optimizan*; los coches se *siniestran*; no se recibe, sino que se *recepciona*; y se *direcciona* cuando se quiere dirigir. Las personas o las cosas no se reintegran, se *reinsertan*; los precios o resultados no se comparan, se *bareman*. Allí, nada simplemente se acaba concluye o termina; todo ampulosamente *culmina*.

## ¡Tienes más moral que el Alcoyano!



eres inasequible al desaliento? ¿Te creces ante las dificultades? Y, sobre todo, ¿nunca te das por vencido? Si la respuesta a todas estas preguntas es afirmativa, entonces perteneces al club de los que tienen **más moral que el Alcoyano**.

El Club Deportivo Alcoyano es el equipo de fútbol de la ciudad alicantina de Alcoy y, aunque ha jugado en primera división varias temporadas, su mayor logro puede considerarse el haber hecho célebre esta expresión.

Circulan varias versiones acerca de cuál es el verdadero origen del dicho, pero la esencia de la anécdota es compartida por todas: los de Alcoy estaban disputando un encuentro decisivo y perdían por una monumental goleada. El árbitro, con su mejor intención, quiso acortar la agonía pitando el final del partido antes de tiempo, pero los alcoyanos protestaron enérgicamente para continuar luchando por una remontada imposible.

Fuese cual fuese el resultado final, ese día el Alcoyano consiguió que se asociase al club con la perseverancia, con el tesón, con el espíritu de lucha o, tal vez, con un optimismo infundado.

Ahora utilizamos la expresión para referirnos a aquellas personas que no cejan en la lucha por la consecución de un objetivo inalcanzable.

## *Espúreo*, un vulgarismo de prestigio

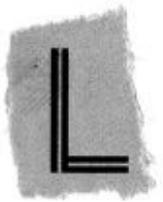


Decir ***espúreo*** por ***espurio*** es una incorrección antigua y prestigiosa, porque data del siglo XVII y sigue todavía muy vigente, a pesar de que la RAE siga clamando al cielo. La palabra castellana ***espurio***, usada muy probablemente por primera vez por Alfonso X el Sabio en sus *Partidas*, proviene del latín *spurius* y significa ‘hijo ilegítimo, bastardo’ y su derivado ‘falso, falto de autenticidad’.

Esta incorrección, detectada por el etimólogo Joan Corominas en el año 1604, ha revoloteado en el aire de muchos auditorios después de salir de labios de grandes políticos e intelectuales y se ha posado para siempre en algunos diccionarios, así como en textos de autores como Lope de Vega, Bolívar, Umbral, etc. El propio Lázaro Carreter, en un acto de humildad, llegó a confesar haber cometido la falta en alguna ocasión. Fue precisamente él quien ofreció una explicación para este error, que surge por ultracorrección al intentar mejorar una terminación (*-urio*), tenida por vulgar, y restaurar el vocablo a una supuesta e irreal forma originaria a la que pertenecerían también formaciones como *sulfúreo* o *purpúreo*.

Es un consuelo saber que los muy leídos también se equivocan.

## *Frente contra versus*



La RAE se pliega de nuevo al uso de la calle. **Versus** (del inglés *versus*, y este del latín *versus*: ‘hacia’) ha sido aceptada por la Academia para expresar enfrentamiento: *Occidente versus Oriente*. **Versus** como ‘contra’ es una acepción heredada del inglés, pero no existe ni siquiera en el latín del que proviene. Se trata de algo así como un anglicismo disfrazado de latinismo.

Cada día está más extendido en el lenguaje periodístico o científico, aunque la RAE aconseje sustituirlo por la preposición española *contra* o por *frente a*, o incluso por guiones si se trata, por ejemplo, de equipos rivales: *Madrid-Barça*.

En el enfrentamiento de la RAE contra **versus** parece haber ganado **vs**.

## No hay tilde para *ti*



Por norma general los monosílabos no se acentúan. Sin embargo, existen excepciones para diferenciar palabras que se escriben de igual forma pero tienen significado diferente o distinta función gramatical. Es el caso de **tú** y **tu**; el primero (con tilde) es un pronombre personal y el segundo (sin tilde) es un adjetivo posesivo.

Un error frecuente es dejarse llevar por esta regla, el acento diacrítico, para acabar poniéndole tilde a **ti**, que nunca la lleva. La raíz de este error viene de obrar por analogía con el pronombre personal **mí** (*para mí*), que se acentúa para distinguirlo del adjetivo posesivo **mi** (*mi casa*) o de la nota musical. Ocurre lo mismo con **sí** como pronombre (*leyó para sí*), que puede confundirse con la conjunción condicional **si** (*si bebes no conduzcas*) o con la nota musical. Y esto es así porque **sí** también es merecedor de la tilde, aunque solo si es un adverbio afirmativo.

El pronombre personal **ti** no lleva tilde nunca porque, al no existir otro monosílabo idéntico con distinto significado, no existe la ambigüedad que justifique la tilde.

Para no caer en la ultracorrección ortográfica de acentuar gráficamente el pronombre personal **ti**, podemos utilizar esta sencilla regla mnemotécnica: «No hay tilde para ti, pero para mí, sí».

# Numerología



Es imposible que Fernando Alonso se haga con la victoria en la **onceava** vuelta. En todo caso, podría hacerlo en la undécima vuelta, porque **undécimo** y **duodécimo** son numerales ordinales, y se llaman así porque expresan orden: *Vive en el **duodécimo** piso; Es la **undécima** edición de los premios;* etc. Sin embargo, **onceavo** y **doceavo** son numerales partitivos o fraccionarios, y se llaman así porque expresan división: *Esto equivale a la **onceava** parte de mil; La **cuarta** parte de la asamblea votó a favor;* etc. La RAE ya admite el uso de *decimoprimer*o y *decimosegundo*, aunque las formas etimológicas simples **undécimo** y **duodécimo** son las preferidas en el uso culto.

Y como tan importante es saber contar como expresar correctamente la cuenta, ten en cuenta que *un* es apócope de *uno*, no de *una*; por lo tanto, podemos decir **veintiún** hombres, pero no ~~veintiún~~ *personas*, porque el sustantivo *persona* es femenino y a nadie se le ocurriría decir que habla con ~~un~~ *persona*, aunque sí con **veintiuna** personas.

Además, cuando hablamos de porcentajes utilizamos números sin ningún sustantivo detrás. **Por ciento** no es un sustantivo, sino una referencia sobre el número cien. No podemos decir ~~veintiún por ciento~~, como no decimos ~~un por ciento~~. Lo correcto es *veintiuno por ciento, treinta y uno por ciento*, etc.

Respecto a los números cardinales menores de cien, la nueva ortografía admite su escritura en una sola palabra. Tan correcto es escribir **treinta y uno** como **treintaiuno**, **cincuenta y cuatro** como **cincuentaicuatro**. Y más de números: según el *Diccionario panhispánico de dudas* deben escribirse preferentemente con letras los números que pueden expresarse en una sola palabra, esto es, del **cer**o al **veintinueve**, las **decenas** (*treinta, cuarenta*, etc.) y las centenas (*cien, doscientos*, etc.).

Por cierto, los números han perdido su punto, y no es que ya hayan dejado de tener su aquel, sino que este signo de puntuación ya no se utiliza como separador de millares, como era tradicional hasta hace poco. Aunque todavía hay quienes se resisten a abandonar el punto, este debe ser sustituido por un espacio fino (fino fijo)

cuando se trata de cifras de más de cuatro dígitos (o **19 000 €**), pero no cuando se trate de fechas (*año 2014*), calles (*núm. 26 667*) o páginas (*pág. 1059*), que irán juntos pero también sin punto.

## El sueño de un publicitario



uando una marca comercial se convierte en un nombre común, además de un gran éxito, es una metonimia (del griego antiguo μετωνυμία, 'nombre cambiado').

Una marca es un nombre propio y, por tanto, se escribe con mayúscula, pero cuando nos referimos, por ejemplo, al **martini**, a la **casera** o la **aspirina**, aunque comercialmente sean palabras mayores, debemos escribirlas con minúscula. En minúscula irán también los muñequitos de **plastilina** que hacen nuestros hijos y los **chupachups** que les damos, por mucho que en origen fueran marcas registradas, y también los **clinex** (*Kleenex*), los **taper** (*Tupperware*) o el **rimel** (*Rimmel*). En todos estos casos, el nombre de la marca ha terminado apoderándose del nombre del producto que designa, aunque existan otras para productos similares.

Actualmente, cuando hablamos de una **cocacola** no nos referimos a la marca en sí misma, sino a cualquier refresco de cola, y si nos lo sirven acompañado de unos **kikos**, estaremos encantados. Además, nos gusta desayunar un **colacao** con un **donut**, procuramos ahorrar comprándonos un coche **diésel** y dejamos nuestras notas en un **posit** (*Post-it*).

Algunas veces, el poder de la palabra llega a ser tan grande que se mantiene en la lengua aunque la marca-producto haya desaparecido; tal es el caso de las **tiritas**, la **minipimer**, la **turmix**... Ese poder incluso la autoriza a comportarse como un adjetivo: ¿a quién no le gustaría tener un cuerpo **danone** o una sonrisa **profidén**?

## Palabras moribundas



Queremos rescatar del olvido la palabra...

**Pelagatos.** Coloquialmente, ‘persona insignificante o mediocre, sin posición social o económica’.

*No te cases con ese pelagatos.*

## Anglicismos a *full*



La influencia del inglés en nuestro idioma no es cosa de ayer. No somos conscientes de la cantidad de palabras que han ido enriqueciendo el español, y que hoy son términos que sentimos como nuestros: **túnel**, **tranvía**, **entrenador**, **grumete**, **turista**, **pijama**, **babor**, **factoría**, **tanque**... incluso el mismo **bar**, esa institución que creíamos tan española, proviene de la lengua de Shakespeare.

Sin embargo, la preponderancia de la cultura anglosajona y, sobre todo, el auge de la cultura digital, donde el inglés lleva la voz cantante, han poblado nuestras conversaciones de nuevos vocablos no siempre necesarios: **e-mail**, **conference call**, **break**, creando un verdadero *cyberspanGLISH*.

La recomendación de la RAE es aceptar los anglicismos solo en las palabras que no tienen equivalente en nuestro idioma; por ejemplo, **jazz**. Para las que lo tienen, usarlo: *copia de seguridad* en lugar de **back-up** o *enlazar* mejor que **linquear**.

De todos modos, la temida invasión del inglés adquiere sus verdaderas proporciones si se tiene en cuenta que, según la RAE, solo 130 palabras en inglés son de uso corriente en nuestra lengua; una gota de agua en el océano de más de 90 000 vocablos del español.

¡Qué nivel, Maribel!

**A**

l nivel, on level, à niveau, a livello... Se diga en la lengua que se diga, la expresión **al nivel de** significa ‘a la altura de’.

Puede referirse a la altura física para explicar, por ejemplo, que *El pueblo más alto de España está situado a casi 1700 metros sobre el nivel del mar*, o en sentido metafórico para decir que se está, por ejemplo, a la altura de las circunstancias: *Estuvo al nivel de la reunión*.

Sin embargo, **al nivel de** no debe utilizarse cuando se refiere a ‘en el ámbito de’ o ‘con respecto a’, por muy habitual que sea escucharlo y verlo escrito, pero ni *Los convenios son a nivel internacional*, ni *Las empresas pueden fallar a nivel de estrategia*. Los primeros se firman a escala internacional o en el ámbito internacional, y las segundas deben desarrollar su actividad con respecto a su estrategia.

Con esta explicación esperamos habernos superado o, al menos, quedarnos al nivel del resto de los apuntes recogidos en este libro.

## *En base a*, un error sin base ni perdón



Hay ciertas incorrecciones que se enredan en la lengua como la masa de harina en las manos: por más que tratemos de deshacernos de ellas, se quedan ahí ensuciando nuestro discurso. Tal es el caso de la fórmula ***en base a*** que, a pesar de figurar en los ficheros de las incorrecciones comunes más buscadas, sigue campando a lo largo y ancho de nuestras conversaciones y escritos: *Tomó la decisión ~~en base a~~ sus creencias.*

El origen de esta incorrección tan generalizada es incierto. Los cazadores de estos polizones lingüísticos aseguran que podría tratarse de una traducción literal del italiano *in base a*, única lengua de nuestro entorno en la que encontramos esta construcción, ya que en inglés se dice *on the basis of* y en francés *sur la base de*.

En español, es incorrecto decir ***en base a***. Para expresar que aquello de lo que se habla tiene su fundamento en algo, hay muchas posibilidades: *sobre la base de*, *en función de*, *basándose en*, *a partir de*, *de acuerdo con*, *con base en* o *según*.

La existencia de tal riqueza de variantes hace que no haya base ni justificación para este error, y que no haya lugar para el perdón en caso de perseverar en semejante equivocación.

## ¿En tu casa o en la mía?



acer el amor es una expresión que nos prestaron los franceses, inventores del amor cortés, y que hoy día parece tener un único significado: ‘tener relaciones sexuales’. Sin embargo, en los doblajes de películas de los años cincuenta es frecuente oírlo con el sentido de ‘cortejar’ o ‘flirtear’.

A primera vista, podría parecer un uso pudoroso o una imposición de la censura de la época, pero esa expresión —con el mismo sentido— se encuentra en doblajes mexicanos o franceses. Además, ¿por qué iba a usar un púdico doblador de aquellos años una expresión que se podía sustituir fácilmente por las más directas de *cortejo* o *galanteo*?

Los cierto es que el uso de *hacer el amor* por *cortejar*, además de figurar como primera acepción en el diccionario de la RAE, es mucho más antiguo y, por supuesto, muy anterior al doblaje o a la censura: «Cuando mi interlocutor acabó de hablar, la niña rubia y el joven que **le hacía el amor** repasaban juntos un álbum de caricaturas de Gavarni» (Gustavo Adolfo Bécquer). Este uso de la palabra da lugar a divertidos malentendidos: «Y así como te leo ahora, te leí cuando me hacías el amor a estilo filosófico, pobre hombre...» (Benito Pérez Galdós).

Esto por lo que se refiere al balzaquiano «hablar de amor, es hacer el amor», porque cuando se intenta pasar de la palabra al acto, esto es, del requiebro al pico, cabe el riesgo de que te *hagan la cobra*, esa manera tan gráfica de describir la reacción de rechazo a una aproximación furtiva indeseada, pero también de que la cosa acabe en el revolcón del siglo.

Para la RAE ‘cortejar’ es la segunda de las acepciones de la locución *hacer el amor*, y la primera es ‘galantear’, que en el actual román paladino, es decir, en el lenguaje de la calle, vendría a ser *tirar los tejos*, frase de disputada procedencia. Hay quien relaciona esta expresión con el juego del tejo, consistente en tirar trozos de teja para derribar un palo, y con el hecho de fallar con la intención de que quede cerca de la chica a la que se pretende; otros, con la costumbre celta de colocar ramas de tejo en la puerta o ventana de la amada. Aunque quizá la explicación más plausible, por sencilla, sea aquello de arrojar chinas a la ventana de la chica a la que se ronda para

llamar su atención. En cualquier caso, la frase ha derivado al actual *tirar los trastos*, que se parece demasiado a *tirarse los trastos*; no sabemos si porque del amor al odio solo hay un paso.

## El infravalorado punto y coma

**E**

n la jerarquía donde la coma es una pausa y el punto y aparte es un parón, el **punto y coma** tiene un lugar un tanto impreciso. A caballo entre la coma y el punto, es el signo de puntuación más infravalorado, tal vez porque, en muchas ocasiones, puede utilizarse otro en su lugar.

Sin embargo, por mucha subjetividad que quepa, existe una normativa para su uso:

- Para unir dos oraciones relacionadas en una sola frase: *Tiene un catarro tremendo + No podrá ir a la cena = Tiene un catarro tremendo; no podrá ir a la cena.* Generalmente, se puede sustituir por construcciones del tipo: *No podrá ir a la cena, porque tiene un catarro tremendo.*
- Para separar los elementos de una enumeración cuando se trata de expresiones que incluyen comas: *La compañía ha aumentado sus ventas un 14%; el beneficio, un 2%; y el cash-flow, un 7%.*
- Delante de las conjunciones o de locuciones como *pero, mas, aunque, sin embargo, por tanto, por consiguiente,* cuando los periodos tienen cierta longitud: *Insistimos mucho en esa opción, porque sabíamos que era la mejor; sin embargo, no fue aprobada.*

También se puede utilizar para enlazar oraciones que ya contienen coma, en oraciones excesivamente largas o cuando dos oraciones se unen sin una conjunción.

¡Y pensábamos que tenía poca utilidad!

## Las órdenes, en imperativo, por favor



El imperativo es una orden, aunque se pida por favor y en el más amable de los tonos.

Tal vez por desconocimiento, o por ese temor tan español a resultar pedante, es frecuente oír —más que leer— utilizar el infinitivo en lugar del imperativo a la hora de dar una orden o dirigir una solicitud taxativa: *¡Correr, que llegamos tarde! (corred)*; *¡Venir aquí ahora mismo! (venid)*; *Poneros el pijama y a dormir (poneos)*.

Cuando se da una orden a una segunda persona (del singular o del plural), deben usarse las formas propias del imperativo, si la oración es afirmativa, o las formas correspondientes del subjuntivo, si la oración es negativa.

Solo es válido el empleo del infinitivo con valor de imperativo dirigido a una segunda persona del singular o del plural cuando aparece precedido de la preposición *a*, un uso muy coloquial: *Niños, a dormir*; *¡Tú, a callar!*

No debemos confundir el empleo erróneo del infinitivo en lugar del imperativo con la aparición del infinitivo con valor exhortativo en indicaciones, advertencias, recomendaciones o avisos dirigidos a un colectivo indeterminado, normales en las instrucciones de uso de los aparatos, en las etiquetas de los productos o en los carteles que dan indicaciones: *Consumir a temperatura ambiente*; *Depositar la basura en las papeleras*; *Lavar a mano*.

Como curiosidad, digamos que, por un afán de ultracorrección, a veces se oye: *Nuestra intención es poneros al día*. Sin duda, detrás de este error se esconde el miedo a usar el infinitivo cuando, como en este caso, lo correcto sería hacerlo: *Nuestra intención es ponerlos al día*.

## La dama y el vagamundo



Increíble, pero cierto: *almóndiga*, *asín*, *setiembre* o *madalena*, entre otros muchos, son términos aceptados por el guardián de nuestra lengua. Puede tratarse de una evolución del idioma o de una degeneración del lenguaje, depende del prisma con el que se mire; nosotros lo consideramos una aberración en la mayoría de los casos, exceptuando el de **vagamundo**, uno de los pocos vulgarismos que salvaríamos de la quema.

El vulgarismo **vagamundo**, extendido especialmente en el siglo XIV, suena casi mejor que la palabra bien dicha, *vagabundo*. **Vagamundo** es más elegante, más viajero, más aventurero y evocador.

Por una vez el vulgo acertó errando, pero Disney no lo supo aprovechar: Golfo habría ganado mucho si en vez de *vagabundo* hubiese sido calificado de **vagamundo**. ¿Vagabundear?... **Vagamundear**, ¡dónde va a parar!

# Aun ignorándome, aún te quiero



un y **aún** son de esas palabras cuyo destino en el significado de una frase está marcado por una simple tilde.

En gran parte de las ocasiones debe usarse sin tilde, porque sustituye a varias expresiones, tales como *sin embargo*, *ni siquiera* o *incluso*: *Puedo encontrar tres, y aun* ('incluso') *cinco circunstancias en que va sin acento*; *No estoy dispuesto a hacerlo, ni aun* ('ni siquiera') *cobrando por ello*.

Un truco sencillo para identificar si debe escribirse con tilde es comprobar si podemos sustituirla por *todavía* cuando denota 'continuidad o persistencia de una situación': *Hace meses de la operación, y aún* ('todavía') *me duele*.

Así que, **aún** estamos a tiempo de escribir correctamente este término si tenemos presente que **aun** no siempre es 'todavía', **aun** sabiendo que errar es humano.

## Una construcción que evitar



E

xisten formulaciones lingüísticas foráneas que están tan bien infiltradas en nuestro idioma que ya parecen nuestras. Es el caso del uso del galicismo **sustantivo + a + infinitivo para expresar finalidad**: una construcción ~~a evitar~~. Esta enunciación no puede utilizarse en caso de que el sustantivo sea algo concreto: *vestidos a vender, libros a leer, baldosas a poner...*

Sin embargo, y aunque a regañadientes por parte de la RAE, se admite cuando se trata de sustantivos abstractos (*ejemplo, cuestión, punto, cantidad, problema, etc.*), de verbos como *ejecutar, realizar, tratar, dilucidar, resolver, tener en cuenta, considerar*, o de otros que tengan que ver con la gestión del dinero (*ingresar, deducir, desgravar, descontar...*). Y es que la RAE reconoce su empleo en algunos ámbitos, como el económico, el administrativo y el periodístico, y explica su éxito por la brevedad de la fórmula.

En cualquier caso, debe descartarse la construcción si la preposición *a* admite su sustitución por las preposiciones *por*, *para* o el relativo *que*: *No hay más asuntos por/para/que discutir.*

Sirva, pues, la regla no escrita de que tenemos licencia para usar este galicismo cuando manejamos términos abstractos, pero no cuando el sustantivo es algo concreto o tangible. ¡A practicar!

## Cambios de guion



Guion ha bajado de categoría silábica, como Plutón se ha caído de la lista de planetas. Así, ha pasado de dos a una y ya no es [gui-ón], como estábamos acostumbrados a pronunciar, sino **guion**. Ahora es reconocida por la RAE como monosilábica y, por tanto, pierde la tilde.

Diptongos y triptongos como *truhan* [tru-án], *fie* [fi-é], *crieis* [crié-is], *guio* [gui-ó], etc., han seguido el mismo camino. Por supuesto, todas ellas agudas terminadas en vocal, *n* o *s*, como bien aprendimos en la escuela.

Todas cambian su forma escrita, pero no la oral, por lo que podemos seguir con el mismo [gui-ón] fonético.

## Palabras moribundas



Queremos rescatar del olvido la palabra...

**Ignoto.** Del latín *ignōtus* ('desconocido'). 'No conocido ni descubierto'.  
*Nos llevó hasta un lugar ignoto.*

## Dormirse en los laureles



Para entender el origen de este curioso lecho, tenemos que remontarnos al imperio romano, al tiempo en el que emperadores, generales, atletas y poetas lucían coronas de laurel como reconocimiento de sus logros o como símbolo de victoria. Y hasta nuestros días ha llegado la palabra *laureado* para referirnos, precisamente, a una persona galardonada.

Algunos de ellos, una vez lograda la preciada corona, dejaban de esforzarse por conseguir nuevas metas, limitándose a vivir de triunfos pasados, y de ahí esta expresión como sinónimo de dejar de esforzarse, de relajarse... Es decir, lo que hacen algunos políticos después de ganar las elecciones.

## Palabras que nos dejó la marea



La actualidad no cesa de arrojar palabras. Se trata de términos que, en algún momento y en relación con algún suceso —de características casi siempre negativas—, acaban ocupando titulares o conversaciones. No hay desastre que no traiga su palabra.

Así ocurrió con *tsunami*, *chapapote*, *corralito*; vocablos que los medios pusieron en circulación y que acabaron teniendo luego un uso generalizado. La crisis, además de un aluvión de términos económicos, ha traído una palabra polémica: *escrache*, que ha pasado de ser inexistente en castellano a aparecer hasta treinta veces en un mismo periódico. El sustantivo *escrache* no está recogido en el diccionario de la RAE, aunque sí el verbo *escrache*, como un coloquialismo argentino y uruguayo con dos acepciones: ‘romper, destruir, aplastar’ y ‘fotografiar a una persona’. Los medios aplican este término, utilizado en Argentina desde los años 90, a las protestas ruidosas que se realizan en las puertas de los domicilios de los políticos. Es difícil saber si el sustantivo acabará en el diccionario. Los términos suelen hacer fortuna cuando designan un hecho nuevo o no tienen equivalente en castellano. *Tsunami* fue aceptado, seis años después del suceso, porque no es sinónimo de *maremoto*, sino que denota la ola gigante que este produce.

La policía ha dado consignas para que no se utilice *escrache* en sus comunicados, porque es un término sin implicaciones penales. Puede que la palabra se disuelva, como un azucarillo en el café, tan pronto cese la práctica que designa. El tiempo dirá si, como muchas otras, es flor de temporada o ha venido para quedarse.

## Paronimias arriesgadas



errar con el lenguaje, además de dejarnos en mal lugar, puede llegar a afectar a nuestra economía. Para ello basta caer en la extendida incorrección de confundir los adjetivos **bimestral** y **bimensual**. *Bimestral* debe emplearse para algo que sucede cada dos meses, mientras que *bimensual* se refiere a aquello que ocurre dos veces al mes. Habrá que tener en cuenta esta diferencia a la hora, por ejemplo, de firmar un contrato, ya que los emolumentos a percibir serán muy distintos, dependiendo de si se indica que son bimestrales o bimensuales. También nuestras rentas se verían considerablemente mermadas si nos efectuasen el pago de forma **bianual** (dos veces al año) y, aún peor, si lo hiciesen de forma **bienal** (cada dos años).

Esta confusión, tan peligrosa en documentos contractuales, es también muy habitual cuando nos referimos a la periodicidad de publicación de algunas revistas. Es frecuente oír, para indicar que se publica cada quince días: «Esta revista es bimestral», cuando debería emplearse *quincenal* o *bimensual*. En este caso, nuestro desliz podrá resultar fastidioso, pero no oneroso.

Estos vocablos, que tienen cierta semejanza o alguna relación entre sí, bien por su sonido, su forma o su etimología, se denominan parónimos: *accesible* y *asequible*, *fragante* y *flagrante*, *especie* y *especia*, *costo* y *coste* o *espirar* y *expirar*, entre muchos otros. Como reza el dicho: «No es lo mismo la gimnasia que la magnesia». Así que cuidado con las paronimias, que nos pueden jugar una mala pasada.

## Positividad, una cuestión de actitud



Podemos ser positivos o dejarnos vencer por la negatividad. La RAE nos lo permite. Lo que no acepta, muy a nuestro pesar, es que afrontemos la vida con positividad.

El diccionario de la RAE no recoge ni *positivizar* (que sería algo así como ‘dar carácter positivo’) ni *positividad* (‘cualidad de positivo’). Por el contrario, sí incluye *negatividad*; cuestión de actitud y discriminación a favor de lo negativo, al menos, a la hora de crear sustantivos. Como ya propuso *Coca-Cola*, se podría incluir en el diccionario *positividad*, para compensar la admitida negatividad.

Si además del sustantivo la RAE, incorporase *positivizar*, ganaríamos dos cosas: evitar el error de atribuir a *positivar* (‘obtener el positivo de una fotografía’) el significado que tendría *positivizar* (‘dar sentido positivo a algo’) y lograr que *pensar en positivo* fuera conjugado de modo natural.

En esta vida casi todo es cuestión de actitud, de modo que vamos a seguir el consejo de la marca que mejor vende la felicidad y a afrontar cada momento con positividad. Y cuando la autoridad competente levante la ceja, nos hacemos los suecos.

# Todo tiene su porqué



ero queremos hablarte de cuatro.

**Por qué.** El interrogativo.

Se escribe siempre separado y con tilde en cualquier oración interrogativa y exclamativa, directa e indirecta: *¿Por qué los domingos por el fútbol me abandonas? No sé por qué no me llevas al partido alguna vez.*

**Porque.** El de la respuesta.

- Con sentido de ‘para que’: *Estoy convencida de que lo haces porque me quede en casa sola.*
- Para introducir una oración subordinada que expresa causa: *Me enfado porque mientes al decir que vas al fútbol.*

**Porqué.** El sustantivo.

Siempre que pueda sustituirse por *causa*, *motivo* o *razón*, y pueda ponerse delante un artículo, es un sustantivo. Además, como buen sustantivo, tiene plural: *los porqués*: *Espero que tengas una buena lista de porqués (de motivos) para no llevarme al partido alguna vez.*

**Por que.** El construido.

Acompaña a algunos verbos y sustantivos que reclaman la preposición *por* seguida del pronombre relativo *que*: *Lucharé por que me digas la verdad.*

A veces, la construcción formada por la preposición *por* más el pronombre *que* lleva un artículo intercalado: *Por lo que no me engañarás.*

## Tótum revolútum de latinismos



espetemos a los muertos, por favor, incluidas las lenguas que pasaron a mejor vida. El mal uso de los latinismos ha calado tan hondo en nuestro modo de hablar que incluso la expresión correcta llega a sonar errónea.

Hay incorrecciones para todos los gustos: palabras mal escritas, mal acompañadas e incluso plurales inventados.

Tenemos errores a tutiplén (forma viciosa del latín *totus*, ‘todo’, y *plenus*, ‘lleno’); por ejemplo: *He tomado la decisión ~~de motu propio~~*, cuando lo correcto es decir ***motu proprio***, sin *de*, y *proprio*, no *propio*. En este caso, el uso de la preposición es redundante, ya que la expresión se encuentra en caso ablativo.

También le sobra la preposición *a* al latinismo ***grosso modo***, que significa ‘aproximadamente’. Valga un ejemplo: *~~A grosso modo~~ deben de ser unos cuarenta en esta sala*.

Es frecuente oír en reputados foros económicos: *Será difícil volver al ~~status quo~~ que desencadenó la burbuja inmobiliaria*, o *El ~~modus operandis~~ de la banda de delincuentes*. Estas locuciones latinas no varían en plural y debe decirse, pues, ***statu quo*** y ***modus operandi***.

Otra expresión muy arraigada es *~~eum laudem~~*; *cum* solo acompaña al ablativo, y *laudem* es acusativo, por lo tanto, la forma correcta es ***cum laude***.

Esperamos que con este **tótum revolútum** (que no *totum revoluto*) de latinismos se hayan aclarado algunas dudas.

## Para evitar malentendidos, usa la tilde

**E**

mpezamos con las cosas del comer y del beber: no es lo mismo *mama* que *mamá*, ni *cáscara* que *cascará*, ni *bebe* que *bebé*, ni *líquido* que *liquido* o que *liquidó*, ni *mate* que *maté*.

Seguimos con las cosas del creer: no es lo mismo *hábito* que *habito* ni que *habitó*, o *práctico* que *practico* ni que *practicó*.

Y terminamos con las cosas del querer: no es lo mismo *íntimo* que *intimo* ni que *intimó*, ni la *pérdida* de mi mujer que la *perdida* de mi mujer.

Queridísimo y admiradísimo Gabriel García Márquez, ¿en qué pensaste cuando llegaste a abogar por la desaparición de las tildes, tú que tantos actos académicos has presidido? ¿Es lo mismo *presidió* que *presidio*?

## Así mismo tiene truco

E

xisten tres formas de escribirlo con tres significados distintos:

- **Asimismo/así mismo** (= ‘también’). El adverbio **asimismo** (junto y sin tilde) significa ‘también’, y aunque la RAE admite la grafía separada (**así mismo**), prefiere la primera forma: *A la celebración acudirán, asimismo, los equipos clasificados en la primera ronda.*
- **Así mismo** (= ‘de la misma forma’). En dos palabras (adverbio de modo *así* + adjetivo *mismo*), se utiliza para enfatizar el adverbio de modo *así* y se puede sustituir por ‘de la misma forma’: *Cuéntaselo a tu padre así mismo, tal y como ocurrió.*
- **A sí mismo** (= ‘a uno mismo’). Para rizar el rizo, existe una tercera forma que, aun con la misma pronunciación, se escribe en tres palabras: **a sí mismo** (preposición + pronombre reflexivo + adjetivo), que indica una acción del sujeto sobre sí mismo y admite variación de género y número: *Después de la caída, se dijo a sí mismo que no volvería a montar a caballo.*

Truco: comprueba si el *sí* es pronombre reflexivo (la acción recae sobre el sujeto). Si la respuesta es no, escribe **así mismo** (separado y con tilde, aunque la RAE lo prefiera junto) y no fallarás nunca.

## No doy abasto, pintan bastos



Si te encuentras en esta situación es porque no rindes lo suficiente: no das abasto, pero si la situación se pone fea, entonces **pintan bastos**.

Aunque nosotros hemos relacionado estas palabras, no hay que confundir **bastos** con **abasto**, puesto que la expresión **dar abasto** está formada por el verbo *dar* más el sustantivo *abasto* ('provisión de cosas necesarias') y significa 'dar o ser bastante, bastar, proveer suficientemente'. Esta locución se utiliza con una connotación negativa para referirnos a aquellas situaciones en las que no podemos más: *No doy abasto con el trabajo acumulado*. No la debemos confundir con la forma incorrecta **dar a basto** (separado), ni tampoco con **bastos**, que es uno de los palos de la baraja española, representado por unos garrotes o cachiporras con los que mereceríamos que nos diesen si confundiésemos estas palabras.

## Las bicicletas son para el estío



unque el verano parece ser tiempo propicio para lecturas relajadas, a nosotros nos inspira el *Quijote*, donde se distingue entre **verano** y **estío** como si fueran dos estaciones del año diferentes.

¿Un error cervantino? No. Según el etimólogo Joan Corominas, hasta el Siglo de Oro se distinguió entre **verano** y **estío**. Para la estación de más calor se empleaba la palabra **estío** (*aestivum*) y se denominaba **verano** al final de la primavera. El motivo es que, curiosamente, **verano** significa ‘tiempo primaveral’ en latín (*veranum tempus*).

Aunque reconocemos nuestra debilidad por la palabra **estío**, la RAE nos lo pone más fácil y acepta tanto **verano** como **estío** para identificar la misma estación.

## Palabras moribundas



Queremos rescatar del olvido las palabras...

**Hogaño.** Del latín *hoc anno* ('en este año'). 'En el año presente; en esta época', a diferencia de *antaño*, 'en época anterior'.

**Antaño.** Del latín *ante annum*. 'En el año pasado, o sea en el que precedió al corriente; en tiempo pasado'.

*«En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño».*

## El quinto pino



en cuidado cuando digas que algo está en **el quinto pino**, porque puede estar mucho más cerca de lo que crees. Esta expresión tiene un origen curioso y bastantes años de historia. Se remonta al reinado de Felipe V, cuando se plantaron cinco exuberantes pinos a lo largo del Paseo de Recoletos de Madrid en dirección norte. Entonces, el quinto estaba ubicado en el Paseo de la Castellana, a la altura de lo que actualmente es Nuevos Ministerios. Su lejanía lo hacía idóneo como punto de encuentro de citas amorosas que buscaban intimidad. También se cuenta que algunos padres deseosos de conservar la honra de sus hijas ponían como límite de alejamiento del domicilio familiar el quinto pino. Hoy no queda ni rastro de aquel **quinto pino**, pero sigue siendo la referencia para todo lo que nos queda lejos.

Madrid, siempre generoso hasta con sus expresiones, también ha abonado nuestro idioma con algunas palabras que nacen de historias asombrosas. Una de ellas es la que cuenta la cultura popular sobre el **tiovivo** y que data de 1834, cuando una epidemia de cólera dieztaba la capital. La enfermedad se llevó a Esteban Fernández, propietario de un carrusel de caballitos o, al menos, eso creían sus amigos pues, mientras portaban el féretro, el supuesto finado se levantó gritando: «¡Estoy vivo!». No sabemos si su súbita resurrección se cobraría alguna otra víctima como consecuencia del susto, pero lo que sí parece es que su carrusel pasó a llamarse «el del **tío vivo**» y, por extensión, el resto de atracciones similares a aquella.

¿Que por qué lo sabemos? Pues porque somos **más chulos que un ocho**, y porque nos ha echado una mano Alfred López, que en su libro *Ya está el listo que todo lo sabe* recoge historias tan interesantes como el insospechado origen de esta última expresión: el tranvía número 8, que unía el centro de la capital con el lugar donde se celebraba la verbena de san Isidro, que solía ir lleno de chulapos engalanados para la ocasión, y por esta razón era considerado el tren con más chulería por metro cuadrado de Madrid.

## Superlativos sacratísimos



Reconocemos que la gramática puede resultar materia **crudelísima**, pero es **importantísimo** recordar que no todos los superlativos se forman del mismo modo.

Para una buena escritura, hay que considerar *muy* como parte fundamental de la formación del grado superior de los adjetivos: *Es muy fácil*.

Si bien es **certísimo** que la terminación *-ísimo* es la forma más habitual para construir el superlativo, hay que tener en cuenta un conjunto de consideraciones e irregularidades: los adjetivos que terminan en vocal la pierden al formar el superlativo (*aburrido/aburridísimo*), pero si se trata de un hiato pierde solo la última vocal (*amplio/amplísimo*). Las excepciones pueden sonar, por ejemplo, **cursilísimas**.

Otros se forman a partir de sus raíces latinas, como nuestras debilidades superlativas: de *pobre*, **paupérrimo**; y de *negro*, **nigérrimo**.

Último apunte, no solo para **sapientísimos**: hay superlativos que, aun teniendo raíz latina, no comparten lexema con el grado positivo; así, pasamos de un texto *bueno* a uno **óptimo**, pero también de uno *malo* a uno **pésimo**; o de lo *alto* a lo **supremo**.

Sin embargo, y aunque nos parezca **fortísimo**, en el *Diccionario panhispánico de dudas* encontramos que igualmente válidas, y por lo general más coloquiales, son las formas que incorporan la raíz española del adjetivo, como **ciertísimo**, **fuertísimo**, **nuevísimo** o **tiernísimo**. ¡Adónde vamos a ir a parar!

## Dime de qué dudas y te diré de qué padeces



Si eres de los que no pueden evitar poner la preposición *de* delante de cada *que* con el que te encuentras, padeces **dequeísmo**. Es un mal muy común que, a pesar de estar falsamente asociado a un nivel cultural bajo, tiene una explicación bastante convincente: es un cambio repentino en la frase que se forma al cruzarse un complemento directo y una oración subordinada. Por ejemplo: *Pensó de (eso) que era lo mejor*.

Eres dequeísta si *te preocupa de que llueva, has soñado de que volabas alguna vez o has oído de que Alicia no vivía en aquel país*, entre otros muchos ejemplos.

Si, por el contrario, el *de* te sobra siempre que construyes una frase donde se une con *que*, padeces de **queísmo** o **dequefobia**. Básicamente, consiste en no utilizar la preposición *de* cuando es necesaria, por miedo a caer en el dequeísmo: *Me alegro (...) que vinieras*.

Estos dos males comparten remedio: preguntar. Convierte tu duda en pregunta. Si la pregunta empieza por *de*, el verbo de la respuesta también irá acompañado de esta preposición. Vamos con el ejemplo: *Me da rabia, porque no te das cuenta (de) que es un engaño*. ¿De qué no te das cuentas? *De que es un engaño*.

Está comprobado que el truco es bastante efectivo, pero hay algunos verbos muy hábiles con los que es más difícil acertar. Es el caso de *advertir, avisar, cuidar, dudar* e *informar*, que pueden llevar *de* o no y que, además, varían su significado según lleven o no la preposición: *El ladrón advirtió que venía la policía; Te advierto de que como hagas ruido, va a venir la policía*.

No nos queda la menor duda de que, si sigues la prescripción, estarás a salvo de estos dos virus gramaticales.

## El leísmo y el laísmo que tanto sufrimos



El **leísmo**, por un lado, y el **laísmo**, por otro, son dos caras de una misma moneda. El primero consiste en usar el pronombre *le* —y su plural *les*— en posición de complemento directo (*A los niños les llevé al parque*). El laísmo consiste en lo opuesto, es decir, en usar el pronombre *la* —y su plural *las*— en posición de complemento indirecto (*Vi a su hermana y la dije un piropo*).

El error que nos conduce tanto al uno como al otro es creer que es el género lo que determina el pronombre que se debe; es decir, pensar que para ella hay que utilizar el *la/s*, que para él hay que utilizar el *le/s*, y que para las cosas hay que utilizar el *lo/s*. Gran equívoco, que ya comenzó en Castilla durante la Edad Media y que perdura en algunas zonas del centro de España, como Madrid.

Para no confundirnos solo hay que hacer las preguntas correctas: ¿es complemento directo? o, dicho de otro modo, ¿si ponemos la oración en pasiva, aquello a lo que sustituye el pronombre pasa a ser sujeto? Si la respuesta es sí, es complemento directo y hay que usar *lo/s*, *la/s*. Si la respuesta es no, es complemento indirecto y hay que usar *le/s*.

Primera oración puesta en pasiva: *Los niños* (sujeto) *fueron llevados al parque por mí*. Como el pronombre *les* se refiere a *los niños*, en la oración anterior es complemento directo (CD), luego: *A los niños los* (CD) *llevé al parque*.

Segunda oración puesta en pasiva: *Un piropo* (sujeto) *fue dicho por mí a su hermana*. El pronombre *la* no sustituye a *un piropo*, sino a *su hermana*, que es el complemento indirecto en las dos oraciones, tanto activa como pasiva, luego: *Vi a su hermana y le* (CI) *dije un piropo* (CD).

Probamos con otro ejemplo solo aparentemente complicado: *La dije que cogiera a los niños, que les llevara al parque y que les comprara unos caramelos. La di dinero y la dije que les trajera a la hora de comer. La estoy tan agradecida de que me les traiga tan relajados que la regalaré algo*.

A continuación, podemos comprobar los modos correctos: *Le* (CI) *dije que*

cogiera a los niños, que **los** (CD) llevara al parque y que **les** (CI) comprara unos caramelos (CD). **Le** (CI) di dinero (CD) y **le** (CI) dije que **los** (CD) trajera a la hora de comer. **Le** (CI) estoy tan agradecida de que me **los** (CD) traiga tan relajados que **le** (CI) regalaré algo (CD).

Y vamos con algunos ejemplos dedicados a los hablantes laístas. Nunca jamás puedes decir ~~ella~~, ni ~~hazla~~, ni ~~data~~ cuando te refieres a una mujer, porque en estos casos siempre actúa como complemento indirecto; sin embargo, sí debes decir **llámala** (a ella), porque actúa como complemento directo.

Los leístas, sin embargo, están de suerte, ya que debido a lo extendido de su uso, incluso en escritores de prestigio, se admite el uso de *le* en lugar de *lo* cuando el referente es una persona de sexo masculino: «Tu padre no era feliz. [...] Nunca le vi alegre» (T. Ballester, *Filomeno* [Esp. 1988]).

## Presuntos participios



Por mucho que nos sorprenda, **frito** es tan correcto como **freído**; también **impreso** e **imprimido**, y **provisto** y **proveído** son igualmente válidos.

A pesar de la larga lista de presuntos participios que existe en español, la RAE solo admite tres verbos con dos participios reales que se pueden utilizar indistintamente: **freír**, **imprimir** y **proveer**.

*Confundir*, *confundido*, *confuso*; *manifestar*, *manifestado*, *manifiesto*; *suspender*, *suspendido*, *suspense* son solo una pequeña muestra (cuentan que hay aproximadamente unos setenta) de los verbos que no corren la misma suerte que los tres anteriores (*freír*, *imprimir* y *proveer*), porque, aun teniendo doble participio, no se pueden utilizar indistintamente, ya que cada uno tiene su función:

- El regular (que se forma con *-ado* o *-ido*) funciona, como buen participio, en los tiempos compuestos, acompañado del verbo *haber* o en la pasiva: *No nos hemos confundido*; *Se han manifestado*; *Han suspendido el examen*.
- El irregular actúa como adjetivo y, como tal, no se debe utilizar para las formas verbales compuestas: *No nos hemos ~~confuso~~*; *Se han ~~manifiesto~~*; *Han ~~suspense~~ el examen*.

## Al verbo *haber* le da igual uno que ciento



La impersonalidad del verbo **haber** es omnicomprensiva. Nos explicamos: cuando el verbo **haber** se emplea para denotar la mera presencia o existencia de personas o cosas funciona como impersonal y, por lo tanto, se usa solamente en tercera persona del singular.

Oraciones como: *Habían muchos niños en el campamento*; *Han habido muchos robos últimamente*; o *Hubieron reuniones muy duras* son incorrectas, porque al verbo **haber** le da igual referirse a una persona o a cien. Es erróneo poner el verbo en plural cuando el elemento nominal se refiere a varias personas o cosas, ya que la concordancia del verbo la determina el sujeto, nunca el complemento directo.

Por muchos que haya, todos caben siempre en la tercera persona del singular.

## El insospechado origen de las palabras



Algunas veces, el origen y evolución de las palabras es incierto, discutible o, simplemente, prosaico, pero, en ocasiones, tienen detrás historias verdaderamente apasionantes.

**Piropos rojo pasión:** *pyrōpus* es el color rojo brillante, una variedad del granate que se ha dado en llamar rojo pasión. Procede de *pyro* ('fuego') y fue la palabra elegida por los romanos para denominar a los rubíes por su color. Antiguamente, como símbolo del corazón, los galanes entregaban un rubí a la persona amada. Tan estimada piedra preciosa ha sido el origen de requiebros, lisonjas y otras zalamerías, aunque ahora los piropos ya no son tan valorados en joyería.

**Salario a precio de oro:** durante el imperio romano, la sal era un bien muypreciado y muy cotizado, por lo que a los soldados se los compensaba por su labor militar con saquitos de esta sustancia cristalina. Ahora, salario es nuestro 'pan de cada día'.

**Cuerpos *despampanantes*:** los *pampanitos verdes* del famoso villancico son las hojas de la parra (*pámpano*), célebres por cubrir las partes íntimas de Adán y Eva. Des-pampanantes (*sin-pampñinus*) significa 'sin la hoja de parra', es decir, se cae la hoja que cubre nuestro pudor para que aflore nuestro asombro.

Imaginar es gratis. Juguemos con la razón de ser de las palabras. Todas esconden una historia real o imaginaria.

## Ni churras con merinas, ni siglas con acrónimos



diario, nos encontramos con palabras formadas por iniciales: **FMI, SA, ADN**, etc., son algunas de las siglas que facilitan una rápida escritura. Se escriben en mayúscula, sin necesidad de que entre ellas haya puntos o espacios (F.M.I., S.A., A.D.N.) y se leen deletreando: [efe, eme, i]; [ese, a]; [a, de, ene]. Son invariables, por lo que su plural no es posible, y para formarlo se utiliza el artículo en plural: *Las SA*.

**Dircom, Mercosur, AVE, Banesto, opa**, entre otros, sin embargo, son acrónimos. Y aquí hay que afinar. Hay dos tipos de acrónimos: por un lado, las palabras formadas por los extremos de los vocablos a los que hace referencia: **Dircom** (*Director de Comunicación*), **Mercosur** (*Mercado Común del Sur*) o **Banesto** (*Banco Español de Crédito*); por otro lado, están las siglas que pueden leerse como una palabra, por ejemplo, **AVE** (*Alta Velocidad Española*). En este caso, se escribirán con minúscula si son nombres comunes (**sida, opa, diu, ere, pyme...**) o con la inicial mayúscula si son nombres propios y tienen más de cuatro letras (**Renfe**).

La razón de que algunos acrónimos admitan plural es que se han lexicalizado. Suelen ser siglas creadas para denominar un nuevo objeto o práctica, y se constituyen como una palabra: **opas, dius, eres, pymes...**

Puestos a distinguir culos de témporas y churras de merinas, proponemos no confundir tampoco siglas con acrónimos.

## OK: un origen disputado



Si hay un anglicismo implantado en el español, es la locución adverbial **OK**, utilizada para expresar ‘vale’, ‘de acuerdo’, ‘perfecto’ o ‘está bien’, entre otras.

Aunque las teorías para explicar de dónde procede esta expresión son múltiples, sin duda la más épica es la que procede de la Guerra de Secesión (1861-1865). Se dice que cuando los soldados volvían al fuerte tras la contienda, el recuento de las víctimas se hacía en unas pizarras. Si ese día no había habido ningún muerto, el oficial de turno escribía «**OK**illed», es decir, ‘cero muertos’; había sido un buen día, no había víctimas que lamentar.

A pesar de ser nuestra preferida, hoy en día la versión que se da por cierta es la de Allen Walker, afamado lingüista que pasó media vida intentando encontrar el origen de **OK**, y lo encontró. Según *The American Heritage Dictionary*, su origen se remonta a 1939, cuando el *Boston Morning Post* publicaba abreviaturas de frases con ocurrentes juegos de palabras, a veces incluso mal escritas, para potenciar lo irreverente de la acción: **OK** (*oll korrekt*), donde ni la *O* (*all*) ni la *K* (*korrekt*) son correctas.

Si te gustan los coches, puedes dar por válida la versión de que viene de Otto Kaiser (**OK**), jefe de calidad de *Ford Motor*, que ponía su sello en cada automóvil; o quizá tienes alma de marinero y prefieres la de los marinos griegos para indicar que todo está **OK** (*olákalá*, ‘todo bien’ en griego); o, si sabes algo de boxeo, sabrás que siempre es mejor estar **OK** que estar KO, porque, como decía Camilo José Cela, no es lo mismo estar jodido que estar jodiendo.

## La juez y la jueza



Con mucha frecuencia, observamos cómo aparecen en los titulares de distintos medios **una juez** y **una jueza**, ante lo que podría surgirnos la siguiente duda: ¿es igualmente correcto *Una juez decreta la libertad bajo fianza* que *Una jueza resuelve poner en libertad al reo*?

Según la RAE ambas formas están permitidas, porque en la formación de femeninos en profesiones, además de las cuestiones gramaticales, también influyen factores socioculturales o ambientales.

Aunque **juez** comparta regla con todos los nombres comunes que acaban en *-l* o *-z* (*el/la cónsul, el/la corresponsal, el/la capataz...*), ha desarrollado un femenino terminado en *-a* (**jueza**) que ha hecho fortuna entre los hablantes, igual que otros sustantivos como *aprendiz/aprendiza, concejal/concejala* o *bedel/bedela*.

Tal es el caso de *jefa* que, aunque debiera regirse por la regla de los nombres comunes de las profesiones que acaban en *-e* (*el/la conserje, el/la orfebre, el/la pinche*), pertenece a esa creciente nómina de cargos que, liberados del corsé morfológico, gozan de toda legitimidad para mandar en femenino: *la alcaldesa, la presidenta...*

Atendiendo a cuestiones puramente morfológicas, la regla general es que aquellas profesiones cuya forma masculina acaba en *-o* forman normalmente el femenino sustituyendo esta vocal por una *-a*: *médica, ministra, arquitecta...* Aunque hay excepciones, como *piloto, modelo* o *testigo*, que funcionan como nombres comunes: *el/la piloto, el/la modelo, el/la testigo*.

Por fortuna, no hemos visto en la red un mal uso del nombre de nuestra profesión: *periodista* no ofrece esa opción.

## Palabras moribundas



Queremos rescatar del olvido la palabra...

**Rufián.** Quizá del italiano *ruffiano*, y este derive del latín *rufus* ('pelirrojo', 'rubio'), por alusión a la costumbre de las meretrices romanas de adornarse con pelucas rubias. También 'hombre que hace el infame tráfico de mujeres públicas', como 'hombre sin honor, perverso, despreciable'.

*¡Menudo rufián está hecho!*

## Esa ese que anda suelta



Macano dio en el clavo con muchas de sus canciones, pero en más de una también cometió algún que otro desliz gramatical. Como en aquella titulada *La fuerza del destino*, en la que Ana Torroja, y los millones de españolitos que la corearon, cometió el error de cantar: «Te dije nena dame un beso. Tú contestastes que no». Mucho ha llovido desde aquel lejano 1989, y no sabemos si será la fuerza de la costumbre, pero todavía hay hablantes empeñados en poner esa -s al final de la segunda persona del singular del pretérito indefinido: *fuistes, vinistes, llegastes, dijistes, leistes, cantastes, oistes...* La lista podría ser interminable, o por lo menos tan larga como verbos hay en nuestro idioma.

Tal vez, por un supuesto prestigio sociolingüístico de la -s, muchos hablantes cometen este error y el de interpelar a alguien con un silbante *¡oyes!* A ojos vistas (que no a ~~ojes vista~~) se trata de una incorrección muy extendida. Y aunque *ponerse de pies* esté aceptado como coloquialismo, a nosotros nos gusta ponernos simplemente *de pie*. Y de ninguna manera (que no de ~~cualquiera de las maneras~~) comprenderemos ese empeño en demandar un taxi llamándolos a todos: «¡Taxis, taxis!» ([~~ˈta-sis, ˈta-sis~~ ]... Así, con dos sonoras eses)... Deje alguno para el resto, por favor.

## Propiciar no es causar



ropicio es uno de esos términos a los que, a veces, se les piden demasiadas responsabilidades. **Propiciar** posee tres significados, según el contexto en el que se utilice, pero quizás el más extendido es precisamente aquel que más confusión propicia y más errores produce: 'favorecer la ejecución de algo'. Según esta acepción, **propiciar** viene a ser un sinónimo de *ayudar*, *posibilitar* o *respaldar*. Un error muy común consiste en confundir este verbo con *provocar*, *producir* o *motivar*.

La crisis ha podido **propiciar** un escenario nefasto para la ciencia en España, pero no ha propiciado una fuga de cerebros. No es lo mismo crear las condiciones para que algo suceda que ser la causa, el motivo o el desencadenante de una acción o suceso (*El incendio ~~propici~~ó la evacuación*).

Hay ocasiones, momentos, circunstancias y seres propicios, es decir, favorables para que algo suceda, y luego están las causas y los efectos: *Ciertas condiciones climáticas propiciaron la expansión de los dinosaurios, pero fue la caída de un meteorito lo que produjo su extinción*.

Como muy bien sabían los romanos, inventores del término, para lograr que los dioses de la gramática nos sean propicios es bueno empezar por no provocar su ira.

## Cuando el *más* está de más

N

o es más grande el más mayor, sino mayor el más grande. Porque tan incorrecto es decir *más mejor* como *más mayor*.

El adjetivo *mayor* significa ‘más grande’; por lo tanto es redundante decir: Soy ~~más mayor~~ que mi hermano. La forma correcta es emplear *mayor* sin el adverbio *más* (Soy *mayor* que mi hermano) o el adjetivo *grande* con la preposición *más* (Soy *más grande* que mi hermano).

La explicación reside en la relación entre los grados del adjetivo: *mayor* es el comparativo de *grande* y, por tanto, ya implica diferencia. Por la misma razón, es incorrecto emplear *mayor* en lugar de *más*: La DGT avisa de que hoy es el día con ~~mayor~~ tráfico del año, porque lo que se está diciendo es que Hoy es el día ~~con más~~ *grande* tráfico del año.

Como casi todo en la vida, esta regla tiene excepciones. Según la RAE, *mayor* también puede funcionar como un adjetivo en grado positivo y, en esos casos, sí lleva el adverbio: *Cuando seas más mayor, podrás acostarte más tarde.*

## Marchando una de interjecciones



n español somos muy propensos a emplear expresiones espontáneas que sirven para exteriorizar sorpresa, admiración, dolor, asombro, alegría, etc. Se trata de una sola palabra que debe ir acompañada de signos de interrogación (**¿Eh?**) o de admiración (**¡Ah!**).

Pero también tenemos tendencia a dejarnos las haches por el camino, y eso que es la letra por la que circula todo el aire de nuestras expresiones de sorpresa: *¡oh!*, *¡bah!*, *¡ah!*, *¡hola!*, *¡eh!* Sirva para resolver este problema la regla de que van con *h* las interjecciones que son exclamaciones y que expresan emociones.

¡Ay!, menos en este caso. Probablemente, para diferenciarlo del verbo *haber* y del complemento circunstancial *ahí*. ¡Ah!, y la RAE también admite tanto **¡huy!** como **¡uy!**

Tal vez, el error más común sea el de **¡hala!**, que muchos utilizan mal a la hora de jalearse a su afición. No sabemos si con la pretensión de hacerla volar, lanzan un *¡Ala, Madrid!* Las alas solo para los pájaros, y las haches para nuestras interjecciones más emocionadas.

## La arroba que nos roba el género

**E**

ste signo (♩), situado en su contexto, significa mucho para un músico. Este otro ( $\infty$ ) también tiene un valor dentro de una expresión matemática. Lo mismo ocurre con ( $\Sigma$ ), ( $\sqrt{\quad}$ ) o ( $\Pi$ ), pero cualquiera de estos símbolos, colocados en medio de una palabra, carecen de sentido.

Parafraseando a la RAE, para evitar las tediosas repeticiones a que da lugar la reciente e innecesaria costumbre de hacer siempre explícita la alusión a los dos sexos, se ha puesto de moda usar el símbolo de la arroba (@) como recurso gráfico para intentar expresar en una sola palabra el masculino y el femenino de un sustantivo o de un adjetivo. Es algo que no se debe escribir, porque «debe tenerse en cuenta que la arroba no es un signo lingüístico y, por ello, su uso en estos casos es inadmisibles desde el punto de vista normativo».

La función de la escritura, que es muy posterior a la creación de la lengua, es representar el lenguaje hablado. Dicho de otro modo: si no puede pronunciarse, no se puede escribir. Intentemos pronunciar *ciudadan@s*... Si lo que queremos decir es ‘ciudadanos y ciudadanas’, escribamos precisamente eso, que puede ser pronunciado. Si queremos reducir esas dos palabras a una sola, entonces usemos *ciudadanos*, que significa, precisamente, ‘ciudadanos y ciudadanas’. El género es una categoría gramatical, y el asunto ya está resuelto. El sexo y sus problemas son otra cosa.

## Ojo: norma resbaladiza



Los **dos puntos**, más que un signo de puntuación, son como una de esas grandes puertas giratorias, porque parece que no cerrasen nada y diesen paso a todo.

Su presencia implica que hay una relación entre el texto anterior y posterior a ellos y, por tanto, como norma general, después de este signo de puntuación debemos utilizar **minúscula**. Confirmado: *después de dos puntos se escribe minúscula*.

Pero las excepciones se encargan de que no todo sea tan sencillo. El conjunto de normas sobre el uso de la mayúscula después de los dos puntos es muy amplio. He aquí algunas de las más frecuentes:

- Después del saludo inicial en cartas y correos electrónicos:  
*Hola a todos:*  
*Ponemos en vuestro conocimiento...*
- Citas y palabras textuales:  
*El libro comenzaba diciendo: «En un lugar de la Mancha...».*
- Pensamientos en estilo directo:  
*Entonces, se saltó el guion y gritó: «¡Viva!».*
- Listas o esquemas: como en esta enumeración de excepciones.
- Después de verbos como *certificar, exponer, solicitar...*  
*Expone: Que habiéndose reunido las dos partes...*
- Cuando se trate de una advertencia:  
*Ojo: Cuidado con el perro.*

Y con los dos puntos.

# Supercalifragilístico



amos a intentar explicar las múltiples vidas de **súper** sin que suene extravagante, raro ni espantoso, como cantaba Mary Poppins.

**Súper-** se gana la vida, principalmente, como prefijo para denotar ‘por encima de’, ‘excelencia’ o ‘exceso’. Como buen prefijo, va unido al sustantivo al que acompaña, y pierde la tilde que llevaría si se dedicase a otros menesteres. Así, se escribe *superponer*, *superpotencia*, *superproducción* e incluso, en su uso más llano, *superbien*.

Como segundo empleo, **súper** ejerce de sustantivo, como sinónimo de *supermercado*. En este caso, al ser una palabra llana y terminada en *r*, se escribe con tilde.

En su tiempo libre, **súper** hace sus pinitos en el mundo coloquial como adjetivo y adverbio para significar ‘magnífico’ o ‘superior’. En estos casos, al igual que ocurre en su papel de sustantivo, siempre lleva tilde: *Teníamos las entradas en un sitio súper*; *Lo pasamos súper en el concierto*.

Esperamos haber sido suficientemente *espialidosos* sin haber sonado enredosos.

## Pasar una noche toledana

**C**uando decimos que hemos pasado una noche toledana, mala noche hemos pasado. Y no es para menos, puesto que la frase hace referencia al siniestro espectáculo que los toledanos, horrorizados, tuvieron que contemplar una mañana del año 812, tras una dramática e histórica noche: las exangües cabezas de los que habían sido los nobles de la ciudad clavadas en las almenas del palacio de Amru, como venganza de este por la muerte de su hijo Jusuf-ben-Amru.

## Cópulas clásicas y palabras encadenadas



stamos rodeados de **clichés**, de **frases hechas** y de **muletillas**. Según la RAE, **cliché** significa ‘lugar común, idea o expresión demasiado repetida o formularia’. Probablemente, todo cliché fue en su origen una feliz ocurrencia de un hablante en un contexto particular; después hizo fortuna entre la comunidad de hablantes y comenzó a ser utilizada inapropiadamente o repetida hasta la náusea.

Por razones como esa, nuestro discurso se ha llenado de *abanicos de posibilidades, amasijos de hierros, negros azabaches, espirales de violencia, dilatadas experiencias, emotivas imágenes, gritos pelados, actualidades rabiosas, soles de justicia, imágenes dantescas, errores garrafales y verdades como puños*, por mencionar solo algunas de las numerosas *expresiones trilladas*, incluyendo, por supuesto, esta última.

Casi todos recurrimos a estas muletillas del idioma para salir del paso en conversaciones o escritos. Estos clichés lingüísticos no llegan a ser frases hechas, pero son los ladrillos con los que se erigen los peores lugares comunes, allí donde habita la pobreza de espíritu, la demagogia, la desidia o el hastío.

Una cosa es no desdeñar, como aconsejaba Antonio Machado, las «cópulas fatales, clásicas, bellas que unen al potro con la llanura, el mar con la nave hueca, el viento con el molino o la torre con la cigüeña», y otra muy distinta seguir empalmando, por pereza o falta de imaginación, esas cadenas de palabras vacías. El primero que dijo *labios de rubí* era un poeta; el que sigue haciéndolo todavía, un cursi.

# Chulapismos

# H

Hay un habla propia de Madrid, tan de Madrid como la tradicional *parpusa* (gorra de los chulapos), que no es otra cosa que un maridaje de jerga y argot aderezado con caló. *Pirao* (loco), *gayumbos* (calzoncillos), *chupa* (cazadora), *peluco* (reloj) o *buga* (coche) son algunos de los términos que los madrileños utilizaban ya a finales del siglo XIX —época a la que se remonta el origen del castizo—, y que hoy están más a la orden del día que nunca. A pesar de su edad suenan de maravilla, porque al final lo auténtico siempre gusta y, si es de buena casta, mucho más.

Seguro que todo madrileño de más de una generación recuerda a su padre o a su abuelo diciendo, cuando se iban a acostar, que se iban a *sobar*, a la *piltra*, al *sobre* o al *pulguero*. Quizá los haya oído referirse a los zapatos como *calcós*, o quejarse de que les han puesto *jamón de mono* al ver unos cacahuetes; a lo mejor han visto cómo se fumaban un *pito*, y cómo hablaban del *parné* en lugar de dinero. Las *beatas* (pesetas) se perdieron con la llegada del euro, pero quién no ha dicho en plena crisis que anda mal de *pasta*, sea madrileño o no pues, al fin y al cabo, se nota que Madrid es la capital del reino.

Madrid da tanto como recibe, porque hasta su baile tradicional, el chotis, viene de Escocia (*schottisch*).

Antes de *aligerar por la verdú* (pirarnos o irnos): «¡Viva Madrid!». Viva el Madrid *chachi* y castizo, el chotis, los *mendas* y las *gachís*, y... ¡Viva san Isidro Labrador!

## Palabras moribundas



Queremos rescatar del olvido la palabra...

**Ajuntar.** De *juntar*. ‘Juntar, juntarse, amancebarse, unirse en matrimonio, tener trato’.

*Mamá, María ya no me ajunta.*

## Exceso de pleonasmos



Esta historia tiene como base fundamental el principio de que la buena escritura está hermanada con la correcta ortografía y reñida con las redundancias repetitivas:

Bruno ~~deambula sin rumbo~~ mientras contempla los colores del otoño. Al fondo, una plaza ~~completamente abarrotada~~ de gente le recuerda que se está celebrando la feria del libro. A pesar de que la noche empieza a caer y está ~~aterido de frío~~, decide ir a visitarla. Da una vuelta más a su bufanda, ~~cierra los puños~~ y comienza a caminar dispuesto a encontrar el ~~acceso de entrada~~ a la feria.

Una vez dentro, observa que Sempere, el ~~protagonista principal~~ de su novela favorita, está, junto al autor, firmando libros. Sin embargo, su emoción se evapora cuando se topa con un letrero que avisa: ‘No se atiende sin ~~cita previa~~’.

Bruno, cabreado, como cualquier ~~persona humana~~, echa a correr y tropieza con una señora de, aparentemente, 80 ~~años de edad~~. Repuesto de este ~~accidente fortuito~~, Bruno se da cuenta de que entre la señora y Sempere hay un ~~nexo de unión~~: ~~ambos dos~~ llevan un ~~crespón negro~~ junto a una flor en la solapa de la chaqueta. Así que acude donde se encuentra Sempere para averiguar qué hay detrás de esa coincidencia. La intuición de Bruno no ha fallado. Sempere saluda cariñosamente a la que resulta ser su madre.

# ¡Viva la Pepa!



El grito de «¡Viva la Pepa!» los liberales mostraban su adhesión al primer texto constitucional. El 19 de marzo del año 1812 se promulgó la Constitución de Cádiz, que empezó a ser conocida popularmente como **la Pepa**.

La RAE indica que las entidades o colectividades institucionales se escriben con mayúscula inicial, pero el artículo que antecede debe ir en minúscula: *la Constitución, las Cortes, la Corona*, etc.

Los apodosos se rigen por la misma regla, por lo que **la Pepa** también debe escribirse con mayúscula inicial, con el artículo en minúscula y sin necesidad de cursiva o comillas.

En los casos de una doble acepción, el uso de la inicial mayúscula, llamada diacrítica, cumple una función distintiva: *Iglesia* como institución o *iglesia* como templo; *Gobierno* como el conjunto de ministros o *gobierno* como acción de gobernar.

No sucede lo mismo con las formas de Estado y gobierno o los movimientos políticos, que deben ir en minúscula: *monarquía, república, liberalismo*, etc.

## Revelamos la rebelión



Revelar y **rebelar** son palabras homónimas que pueden dar lugar a numerosas equivocaciones.

**Revelar**, del latín *revelāre*, significa ‘descubrir o manifestar lo oculto, lo ignorado’. Tomamos como ejemplo un titular de portada de un diario: «Rato no **reveló** al Consejo su conflicto con los auditores». También puede significar ‘proporcionar indicios o certidumbres acerca de algo’: *Ramón se **reveló** como un auténtico líder en la reunión*, y hacer referencia al proceso de hacer visible una fotografía: ***Revelaré** una fotografía de la celebración de España en Cibeles*.

Sin embargo, su homófona **rebelar(se)** es un verbo pronominal que necesita el uso de un pronombre personal y que procede del latín *bellum* (‘guerra’). Significa ‘sublevarse’, ‘levantar a alguien, haciendo que falte a la obediencia debida y oponiendo resistencia’: «Madonna se **rebela** contra la ultraderechista francesa Marine Le Pen».

Cuidado con rebelarse con *v* si no queremos delatarnos.

## El baile de la jota



El parecido fonético entre las consonantes **g** y **j** ante determinadas vocales da lugar, en muchas ocasiones, a un verdadero baile de ges y jotas.

Para que el único baile que quepa hacer con esta consonante sea el de la conocida danza tradicional española, hay que tener en cuenta que los verbos terminados en *-ger* y en *-gir* (*coger*, *proteger*, *encoger*,  *fingir*, *corregir* o *exigir*) se escriben con *g*, excepto *tejer* y *crujir*, que se escriben con *j* de jamón de Jabugo.

Otra pista: siempre se escriben con *j* aquellos tiempos verbales que en sus infinitivos no llevan ni *g* ni *j*: *distraer-distrajimos*, *deducir-dedujimos*, *decir-dijimos*...

A veces confundimos la *g* con la *j*, porque la *g* seguida de *e* o de *i* tiene un sonido gutural fuerte (*gigante*, *gente*, *ginebra* suena parecido a *jinete*, *jerez*, *jirafa*). Para estos términos no hay regla ni truco que valga, porque su ortografía depende del origen de cada palabra y la única forma de escribirlos correctamente es reconocerlos por haberlos leído mucho.

## Sino, si no, sí y no



o es que vivamos en una duda permanente, es que hemos observado que estas palabras no siempre se utilizan correctamente, incluso en los medios de comunicación.

- *No es martes, **sino** lunes.* En este caso, se utiliza para contraponer conceptos y debe escribirse junto.
- ***Si no** lees los periódicos, no estarás informado.* En este ejemplo, se trata de una oración condicional y, por tanto, lo escribiremos separado.
- ***Sí**, no veo la tele a esa hora.* Como es una conjunción afirmativa siempre lleva tilde.
- *A fin de cuentas, es nuestro **sino**.* En este caso, es un sinónimo de destino y se escribe junto.

*Sí* y *no* son la base del lenguaje binario digital, que nada tiene que ver con la analógica riqueza y complicación de nuestra lengua.

## Aquí hay gato encerrado



El refranero está lleno de animales proverbiales, como ese gato al que mató la curiosidad. Nosotros, como buenos fisgones y amantes de los animales, hemos querido saber más sobre el origen de algunos de esos refranes que ellos protagonizan, y donde podemos decir que el símil es el rey de la selva.

De todo el bestiario popular, sentimos especial debilidad por el perro; concretamente, por el legendario **perro del hortelano**. Aquel que ni comía ni dejaba comer. Entendemos que el pobre perro, incapaz de apreciar las verduras por muy hambriento que estuviera, fuera su más celoso guardián. El animalito solo hacía su trabajo, pero lo venimos tachando toda la vida de entrometido. Lope de Vega lo inmortalizó en la obra del mismo título, también conocida como *La condesa de Belflor*. La condesa, enamorada de su secretario (y este enamorado a su vez de otra mujer), ni se casaba con él, por no pertenecer a su rango, ni dejaba que él se casase con su amada. Vamos, que ni comía ni dejaba comer.

**La cabra que tira al monte** está un poco mejor mirada. Su atracción por los lugares altos y pedregosos se interpreta como el amor a sus raíces, a sus orígenes; o la fuerza de la propia naturaleza frente a la educación o las costumbres. La frase ha ido degenerando en sentido peyorativo para definir a aquellos que heredan malos hábitos: el hijo de la gata, ratones mata.

Y hablando de gatas, una de las expresiones más curiosas hace alusión a estos bellos felinos, si bien su origen no tiene nada que ver con ellos. El significado de la expresión **aquí hay gato encerrado** encierra un curioso secreto: en el Siglo de Oro algunas bolsas para guardar el dinero estaban confeccionadas con piel de gato, por lo que se referían a ellas y al dinero que iba en su interior como *el gato*. El *gato encerrado* era, por tanto, el dinero escondido.

La curiosidad mataría al gato, pero el gato murió sabiendo.

# ¡Que viva México!



éase con acento mexicano bien marcado:

*Putito, dame chance. Después de aventarte en la alberca, dejaste el calzón mojado en la cajuela de mi carro.*

Traducción para los no mexicanos:

‘Amigo, cómo eres. Después de saltar a la piscina, dejaste el bañador mojado en el maletero de mi coche’.

Esta frase mexicana refleja lo que sucede con nuestro idioma: hay tantos tipos de español como países (incluso ciudades y pueblos) que lo hablan, y son muchas las palabras y expresiones que, dependiendo del lugar, toman un sentido u otro. Por ejemplo, en España la expresión *putito* no se emplea de modo cariñoso y resulta malsonante; acaso tiene su homóloga en la palabra *cabrón* que, utilizada en un contexto determinado, puede llegar a tener connotaciones afectuosas.

Cada lugar presenta singularidades lingüísticas. En esta entrada, hemos elegido México tanto por ser un país rico en vocabulario como por legítima proximidad afectiva. Y os dejamos con algunas otras palabras o expresiones escasamente conocidas en España:

*abarrotos = tienda de comestibles*

*andar como araña fumigada = estar agotado/a*

*arrimar una chingá = hacer daño a alguien, moral o materialmente*

*a la brava = a la fuerza*

*chimuelo = desdentado*

*dar pena = dar vergüenza*

*estar padre = gustar mucho*

*grillerío = rumor*

*güero/a = rubio/a*

*jalar = tirar*

*mesero/a = camarero/a*

*¡qué onda! = ¡qué bueno!*

*pupilentes = lentillas*

*tina = bañera*

## Mi Buenos Aires querido

**A**

unque se trate del mismo idioma, el español hablado en Argentina ha tenido su propia evolución y sus propias diferencias dialectales, como el lunfardo.

Léase con ese acento bonaerense, porteño, que tanto enamora:

*Che, sos un boludo total. Andá, prendeme un faso, que tengo una fiaca... Juná en el tapado. ¿Es que no ves que esa mina va de prepo con vos? Sabés perfectamente que te afanó la guita para dársela a ese groncho atorrante que se la garcha. No le des más bola y no seás quilombero. Todo lo que hiciste por ella ha sido alpedo y, encima, mirá cómo te ha dejado; para el cachetazo.*

O lo que es lo mismo:

‘Eres tonto perdido. ¡Anda!, enciéndeme un cigarro, que tengo una pereza... Mira en el abrigo. ¿Tú es que no ves que esa mujer es una prepotente? Sabes perfectamente que te robó el dinero para dárselo a ese negro vago con el que se acuesta. No le hagas ni caso y no le des más vueltas. Todo lo que hiciste por ella ha sido para nada y, encima, mira cómo te ha dejado; hecho polvo’.

## ¿Tendencia *vintage*?

**L**

os que se apuntan a lo *vintage* casi siempre lo hacen a conciencia, pero hay una tendencia a la que muchos se suman sin saber que se trata de una moda que data del siglo VIII: utilizar la interrogación o la exclamación solo al final de la frase.

En su origen, los **signos de interrogación y exclamación**, introducidos durante el imperio carolingio, solo marcaban el final de las oraciones, tal y como hacemos ahora emulando a otras lenguas como el inglés.

La práctica de puntuar las oraciones con los signos de interrogación y exclamación también al principio de la frase no llega hasta 1754, diez siglos después, y es exclusiva de la lengua española. Y es que en otros idiomas la estructura de la frase ya indica desde el principio que se trata de una interrogación. En francés, por ejemplo, *¿Puedo?* se construye: *Puis-je?* Igual sucede en inglés: *Can I?* En la interrogación, además de que el sujeto no se omite, se coloca detrás del verbo. Sin embargo, la riqueza y flexibilidad sintáctica del español, que permite tanto la elisión del sujeto como el intercambio en el orden de las palabras (se puede decir: *¿puedo?*, *¿yo puedo?*, *¿puedo yo?*), obliga a iniciar cualquier pregunta con un signo de interrogación.

Por esta razón, la RAE señala que no deben suprimirse los signos de apertura, aunque los medios digitales y sus modas perseveren en devolvernos a la Edad Media. Como diría Azorín: «Vivir es ver pasar (...) Mejor diríamos: vivir es ver volver».

## La recobrada dignidad de las minúsculas



Por muy egregio, ilustre o eminente que sea su portador, los títulos, cargos y nombres de dignidad se escriben siempre con minúscula cuando acompañan al nombre propio de la persona o del lugar al que corresponden: *el rey Juan Carlos, el papa Francisco, el presidente de Colombia, el ministro de Trabajo*. También se escriben en minúscula cuando están usados en sentido genérico: *El papa, el rey y el príncipe son mortales como cualquier otro hombre*.

Sin embargo, pueden escribirse con mayúscula cuando no aparece expreso el nombre propio de la persona o del lugar y, por el contexto, los consideramos referidos a alguien a quien pretendemos destacar: *El Rey se recupera de su última operación; El Papa visitará España en su próximo viaje*.

También es costumbre particular de las leyes, decretos y documentos oficiales escribir con mayúscula este tipo de palabras: *el Rey de España, el Presidente del Gobierno, el Secretario de Estado de Comercio*.

Cuidado con mostrar más respeto del que exigen las normas ortográficas.

## Palabras moribundas



Queremos rescatar del olvido la palabra...

**Felonía.** Del francés *felon* ('cruel', 'malvado'). 'Deslealtad, traición, acción fea'.  
*Aquello fue una verdadera felonía.*

## El ex siempre llama dos veces



unque es bastante probable que queramos tener al **ex** lo más lejos posible, la RAE parece empeñarse en que lo mantengamos muy cerca. El prefijo **ex-** que acompaña a una palabra se escribe junto a ella: *exmarido*, *exmujer*, *exjefe*...

Y en el caso del lenguaje también el **ex** llama dos veces. Hubo un tiempo en el que lo correcto para la RAE era escribirlo separado; tal vez por ello esta incorrección todavía se difunde desde las páginas de la prensa (*ex ministro*, *ex policía*, etc).

**Ex-** es un prefijo que, situado delante de un adjetivo o un sustantivo, se refiere a aquello que alguien fue y ha dejado de ser, y solo se usa con personas. No existe la *ex Unión Soviética*, sino la *antigua Unión Soviética*, aunque es cierto que *Sarkozy es expresidente de la República Francesa*.

Como casi toda norma, tiene sus excepciones: el prefijo **ex-** se escribe separado cuando se trata de un compuesto de palabras como, por ejemplo, *ex matador de toros*, *ex primer ministro*, etc.

Pero por mucho que el **ex** siempre llame dos veces, no se puede decir *Federico fue mi ex marido*. **Ex** ya significa que lo fue. Así que, si empleas el pretérito, lo que estás diciendo es que ha dejado de ser **ex**. A menos que hayas vuelto a casarte con él. En ese caso, enhorabuena.

## ¿Un piquete o un piquetero?

**U**

n capitán, un subteniente, dos sargentos y cincuenta hombres con un tambor. Esa era la composición de un piquete militar, según las ordenanzas del ejército de 1728.

Actualmente, la palabra **piquete** se utiliza en el ámbito sindical y su papel se limita a las huelgas, pero se respeta parte de la esencia del concepto militar, ya que se trata de un conjunto de personas (en ocasiones, incluso con tambor), también llamadas a montar guardia.

Algunos piquetes son más preventivos y otros más agitadores, pero el término siempre hace referencia al grupo de personas que lo forman y no a cada uno de sus integrantes.

Para referirnos a cada uno de sus miembros, se ha extendido el uso de **piquetero** y, aunque la RAE no recoge esta acepción, la Fundación del Español Urgente considera que un piquetero puede ser el miembro o participante de un piquete.

## Boca de guacharro



Con este libro, además de dedicarnos al noble arte de defender la lengua, como alega nuestra filosofía, queremos salvar palabras amenazadas o relegadas al borde del precipicio del olvido léxico.

Apostamos por una de nuestras palabras favoritas debido a su especial sonoridad y su significado: **guacharro**, que es la cría de un animal. Si bien el término se refiere a todo descendiente no humano, el uso popular ha querido que **guacharro** se asocie casi en exclusiva a las crías de las aves.

La expresión **boca de guacharro** hace alusión a los picos abiertos de los pajaritos que se desgañitan piando para que su madre les dé de comer, pero ¿qué niño no ha puesto **boca de guacharro** alguna vez a su madre?

## La importancia de escribir a gusto



La escritura de la expresión ***a gusto*** no se corresponde con su significado: según conviene o agrada. Por mucho que nos agrade, ***a gusto*** no se escribe junto (~~agusto~~) sino separado, porque es la unión de la preposición *a* y el sustantivo *gusto*. *Dicho esto, me he quedado muy a gusto.*

## Viernes 13



Hay quien tiene alguna fobia: a pisar las rayas del suelo, a pasar por debajo de una escalera o de un andamio; incluso algunos andan esquivando gatos negros por la calle. Particularmente, la fobia al **viernes 13** se llama *collafobia* o *friggaatriscaidecafobia*. Si por el contrario, lejos de sentir miedo alguno, has decidido casarte o embarcarte, es que estás convencido de que nada debes temer.

El **viernes 13** es un día de mala suerte para los anglosajones, como el martes 13 lo es para los españoles y los griegos.

Para entenderlo, debemos remontarnos al viernes 13 de octubre de 1307, día en el que los Caballeros Templarios fueron perseguidos y arrestados por la Santa Inquisición, que los condenó a la hoguera por herejía y crímenes contra la cristiandad.

En la historia más reciente, tanto el accidente del crucero *Costa Concordia* como el del avión 571 que dio lugar al libro y después al filme *Viven*, tuvieron lugar un **viernes 13**. Por si esto fuera poco, el cine también se ha encargado de hacer del **viernes 13** uno de los días más temidos. La cinta rodada con el título *Friday the 13th* (*Viernes 13*), y estrenada el viernes 13 de junio de 1980, convirtió a Jason en uno de los personajes de terror más famosos de la historia del cine.

Pero el número 13 tiene mala fama desde siempre: 13 fueron los comensales de la Última Cena, el 13 es La Muerte en las cartas del tarot, 13 son los espíritus malignos de la cábala y en el capítulo 13 del Apocalipsis se habla del Anticristo y la Bestia. En la Fórmula 1 se omite el 13, igual que en la planta de muchos hoteles, en algunas calles e incluso en la red de autobuses de Madrid.

Sin embargo, el 13 también tiene sus adeptos. Hay quien se ha casado más de una vez con la misma persona un día 13 y las terminaciones en 13 de los décimos de la lotería en España se agotan mucho antes que otras. En Estados Unidos este es un número que no tiene mala fama, incluso está presente en muchos símbolos nacionales, como la pirámide de 13 escalones que aparece en el dólar.

## Aquí hay tema

### E

El término **tema** está sujeto a abusos y malos usos. Por un lado, su uso está tan extendido que la mayoría de las veces pierde su fuerza expresiva y termina por no significar nada. Por otro, cuando se confunde con el asunto al que hace referencia se convierte en un elemento innecesario de la frase.

**Abuso:** hay quien considera que abusar del **tema** es un poco esnob. Para huir del hablar pretencioso y puestos a presumir de la riqueza de nuestro idioma, podríamos evitar muletillas tan socorridas como **tema** ya que, por suerte, es una de las palabras que cuenta con más sinónimos: *asunto, materia, cuestión, duda, razón, esquema y proposición*, entre otros, nos pueden solucionar el **tema**.

**Mal uso:** muchas veces la palabra se utiliza de manera incorrecta simplemente para *hinchar* la frase, anteponiéndola al hecho o asunto al que se hace referencia. Así, por ejemplo, es bastante habitual leer: *A los españoles les preocupa el tema del paro*, cuando lo correcto sería decir *A los españoles les preocupa el paro*.

Para evitar errores, la próxima vez que vayamos al **tema**, dejémonos de historias.

## Plurales fabulosos



El tiempo no tiene límites en lo referente a sus características como sustantivo. Es incontable, a no ser que lo metas en un compás o en un motor: *Compás de tres tiempos; Motor de dos tiempos*. No se puede dividir... o sí, pero en horas, minutos o segundos. Tampoco tiene plural... o sí, pero es un plural figurado, casi exclusivo de la literatura: *En aquellos tiempos...*

**Gente, ropa, dinero, mayoría**, entre otros sustantivos colectivos, indican pluralidad aunque estén expresados en singular. Pero sus plurales, aunque poco frecuentes, no son imposibles: *Las gentes, los dineros, las ropas y las mayorías*, por ejemplo, son posibles. Su función es meramente decorativa: se trata de plurales poéticos o expresivos, un recurso estético para embellecer nuestros textos.

Como bien sabía Gabo, ni el amor ni el cólera de su famosa novela hubieran sido lo mismo de no haberlos emplazado en un fabuloso plural.

## Historia de un gazapo afortunado



La expresión **paraíso fiscal** procede del término anglosajón *tax haven*, que significa ‘refugio fiscal’. Sin duda, se trata de una mala traducción, y no del inglés al español, ya que fue en Francia donde confundieron *haven* (‘refugio’) con *heaven* (‘paraíso’) y lo llamaron *paradis fiscal*. Un curioso gazapo galo que hemos heredado y que ha hecho fortuna en nuestra lengua.

Aunque tanto *paraíso* como *refugio* se refieren a lugares que tienen mejores condiciones tributarias que el país de origen, la idea de paraíso (exotismo, buen clima, libertad, abundancia...) se ajusta más a los países cuyas leyes crean un ambiente fiscal favorable para aquellos que buscan pagar menos impuestos.

Tal vez haya contribuido al éxito de la expresión el hecho de que muchos de estos estados, con regímenes tributarios excepcionales, son también un auténtico edén.

## Sobretudo, el nuevo *must have*



Para hacer frente al invierno, es importante el buen ánimo, pero sobre todo abrigarse bien y para esto nada mejor que un **sobretudo**: ‘prenda de vestir ancha, larga y con mangas, en general más ligera que el gabán, que se lleva sobre el traje ordinario’, y que siempre se escribe junto.

En España cayó en desuso, pero en los países hispanoamericanos se emplea frecuentemente como sinónimo de *abrigo* o *impermeable*.

¿Cuándo utilizarlo? **Sobre todo**, cuando hace frío o llueve. En este caso, **sobre todo** funciona como un adverbio, se escribe separado y significa ‘principalmente’, ‘especialmente’.

Ahora que hay tanto vocabulario por aprender del mundo de la moda: *LBD*, *it girl*, *peplum*, etc., sugerimos recuperar el **sobretudo** e incluirlo como el *must have* de la temporada, sobre todo, para que los más *fashionistas* lo luzcan en los gélidos días de la época invernal.

## Para hallar es importante que haya



Los verbos *haber* y *hallar* mantendrían una pacífica coexistencia si no fuera porque algunos de sus tiempos acaban enzarzándose.

Las dos principales dudas se observan con **halla** (presente de indicativo del verbo *hallar*, que significa ‘dar con alguien o algo que se busca’: *Anonadado me hallo*); y **haya** (presente del subjuntivo del verbo *haber*: *Espero que haya comida*).

Seguro que, con el truco de doble comprobación que proponemos, las dudas se disiparán para siempre. Primera comprobación: si lo podemos sustituir por *encontrar*, se trata del verbo **hallar** (con *h* y *ll*). Si todavía albergamos alguna duda, vamos a por la segunda comprobación: si lo podemos sustituir por *pueda haber*, se trata del verbo **haber** (con *h* e *y*).

Pongamos un ejemplo que presenta cierta complicación: *Él halla dolor en esa relación*. En este caso no se podría decir: *Él pueda haber dolor en esa relación*. Y otro ejemplo más: *Lo importante es que haya truco*. En este caso, se sustituye con facilidad por *pueda haber* y, sin embargo, no es posible cambiarlo por *encuentra*: *Lo importante es que ~~encuentra~~ truco*.

Afortunadamente, otros casos no revisten complicación alguna. Por ejemplo, cuando **haya** forma parte de un tiempo compuesto no hay lugar a duda: *La policía descarta que haya implicado un tercer asesino en la muerte de Asunta*.

Para complicarlo aún más, no son dos, sino cuatro, las palabras que tienen un gran parecido fonético, pero una gran diferencia de significado y ortografía: **aya**, **allá**, **halla** y **haya**. Valga este último ejemplo: *Mi vieja aya* (persona encargada de custodiar niños o jóvenes y de cuidar de su crianza y educación) *me contó que allá* (en aquel lugar) *se halla* (encuentra) *una vieja haya* (árbol de la familia de las fagáceas).

## Palabras moribundas



Queremos rescatar del olvido la palabra...

**Adefesio.** Del latín *ad Ephesios* ('A los efesios', título de una epístola de San Pablo, por alusión a las penalidades que pasó el santo en Éfeso durante su predicación). También 'despropósito, disparate, extravagancia'; 'traje, prenda de vestir o adorno ridículo y extravagante'; 'persona o cosa ridícula, extravagante o muy fea'.

*Se presentó en la fiesta hecha un adefesio.*

## La *h* se muda



¡**H**í hay un tenista que dice: ¡Ay, he ganado el Roland Garros por séptima vez! Evidentemente, nos referimos a nuestro Rafa Nadal.

Estas tres palabras, que plantean dudas en la *h*, suelen utilizarse correctamente en los medios impresos; sin embargo, hemos observado que en las redes sociales existe cierta confusión. Mostramos algunos ejemplos para aclarar estos vocablos:

*Ahí está Nadal, levantando la copa. **Ahí*** es un adverbio que indica lugar.

*Hay muchos aficionados en la pista, entre ellos su gran amigo Gasol. **Hay***, del verbo *haber*, indica la existencia de algo.

*¡Ay, Nadal!... Un auténtico héroe español. **Ay*** es una interjección que indica dolor, sorpresa, miedo, etc.

## No carece de lo que adolece

**A**

dolecer es uno de esos verbos a los que les ha crecido un significado como al geranio la mala hierba. La RAE asegura que su acepción más habitual es ‘tener o padecer algún defecto o enfermedad’. Se trata de un verbo intransitivo y se acompaña de un complemento introducido por *de*, que expresa el defecto o el mal: *La tesis **adolece** de ciertas inexactitudes; La abuela **adolece** de migrañas.*

Sin embargo, su uso incorrecto como sinónimo de *carecer* está muy extendido, como prueba el hecho de que esta acepción haya sido recogida por algunos diccionarios de uso, pero la RAE, que a veces parece plegarse al uso que hacen los hablantes, continúa inflexible y no admite este significado del verbo.

Y tiene sus buenas razones. Cuando se utiliza con el significado de ‘carecer’, lo que se está diciendo, en realidad, es algo muy distinto de lo que el hablante pretende: si alguien dice que *la UE ~~adolece de liderazgo~~* o que *José María ~~adolece de simpatía~~*, lo que en realidad está asegurando es que esta o aquel no son más que defectos o enfermedades. Lo dicho, mala hierba.

## Más larga que un día sin pan



lectroencefalografista es la palabra más larga que contempla la RAE, con veintitrés letras, solo una letra más que *esternocleidomastoideo*, con veintidós.

A... e... i... o... u... ¡borriquito como tú!

Además de *murciélago*, son muchas las palabras que contienen las cinco vocales en su composición: más de quince mil, entre ellas algunas tan conocidas como *ayuntamiento*, *aceitunero*, *curiosear*, *auténtico*, *pelagudo*, *jerarquía*...

## Husos horarios para diferentes usos y costumbres



El **huso horario** que corresponde a cada país se escribe con *h*, exactamente igual que el huso de hilar que causara el dulce sueño de la Bella Durmiente. La razón de esta norma es que las veinticuatro partes imaginarias en las que se divide la superficie terrestre, que suelen tener el mismo horario, tienen forma de huso. La confusión frecuente de escribir ~~uso horario~~ sin *h* se debe muy probablemente a que quien lo hace supone que procede del sustantivo *uso*.

También España es diferente en la aplicación del huso horario, ya que nuestro reloj debería estar sincronizado con el de portugueses e ingleses, países con los que compartimos el espacio entre meridianos, y no con los centroeuropeos. En 1942, Francisco Franco, como gesto hacia la Alemania de Hitler, decidió retrasar sesenta minutos el reloj de los españoles. La hora oficial había quedado fijada en 1884, fecha de la reunión de veintisiete países en Washington, en la que se estableció el meridiano de Greenwich (meridiano cero) como punto de referencia para los horarios de los países. Desde este meridiano, cada 15° grados de longitud se avanza una hora más. No en España. Aquí, como es uso y costumbre, llevamos nuestro propio huso horario.

## El maltrato del verbo *haber*



Probablemente, uno de los verbos peor tratados de nuestra lengua sea el verbo **haber**. Entre los errores más frecuentes se encuentra confundir la tercera persona del singular del verbo *haber*, **ha**, con la preposición **a**.

La teoría parece fácil: *ha* se escribe con *h* cuando se refiere al verbo *haber*: *Ha comido en el restaurante de moda*, y *a* se escribe sin *h* cuando se trata de una preposición: *Vamos a andar*.

En la práctica, sin embargo, las cosas se complican, porque es muy habitual encontrar el verbo escrito incorrectamente, quizá por automatismo y precipitación.

Un truco que nunca falla es conjugar el verbo en plural. Si podemos cambiar la frase al plural sin que esta pierda sentido, no hay duda de que se trata del verbo *haber* y, por lo tanto, se escribe con *h*: *Ha comido en el restaurante de moda*; puede sustituirse perfectamente por: *Han comido en el restaurante de moda*. Sin embargo, si el resultado es una frase imposible, es que se trata de la preposición *a* y, por lo tanto, se escribe sin *h*: *Vamos a andar*; al intentar conjugarlo no nos lleva más que a una incongruencia: ~~*Vamos han andar*~~.

## Falsos sinónimos o las afinidades peligrosas



uidado con revolver a ciegas en el baúl de los sinónimos. Allí hay toda una colección de vocablos que agrupa significados distintos aunque emparentados, y más que de sinónimos habría que hablar de palabras semánticamente afines. El problema es que esta afinidad es una fuente de imprecisiones, cuando no de incorrecciones.

No es lo mismo *inventar* ('crear algo nuevo') que *descubrir* ('revelar lo que existía oculto'). Tampoco es igual *calcinar* ('convertir en cal materias no orgánicas por efecto del fuego') que *carbonizar* ('convertir material orgánico en carbón por efecto del fuego'); ni *prueba* ('indicio, señal o muestra que se da de algo') significa lo mismo que *evidencia* ('lo que no necesita probarse porque está a la vista'); ni a *incidente* ('circunstancia o suceso que sucede de manera inesperada y que puede afectar al desarrollo de un asunto o negocio, aunque no forme parte de él') debe adjudicársele el significado de 'accidente', 'problema' o 'avería'.

*Honesto* y *honrado* son dos palabras que nos hemos empeñado en reducir a una sola por influencia del inglés, idioma que incluye en la palabra *honest* todos los matices que llevan ambos vocablos. Si *honesto* es el decente, el decoroso, el recatado o el pudoroso; *honrado* es el que procede con honradez, el recto de ánimo, el que obra con integridad y justicia.

La RAE, concedora de la pereza de los hablantes reticentes al uso diferenciador entre los dos términos, ha terminado por aceptar la sinonimia. Sin embargo, son muchos los autores que siguen diferenciando entre *honesto* ('casto') y *honrado* ('recto'), separando claramente ambos términos. Hay quien dice que la honradez es solo una consecuencia particular de ser honestos y justos. Otros, que la honradez es una de las cualidades de la honestidad. Salvador de Madariaga, para diferenciarlos, decía que *honrado* se aplica cuando se habla de cintura para arriba y *honesto*, de cintura para abajo. Sin duda, una simplificación muy gráfica y memorable.

## Ojo con [h]ojear



La duda ortográfica entre **hojear** y **ojear** surge, principalmente, cuando en el contexto se mencionan libros, periódicos o papeles en general.

Para diferenciar estos dos verbos lo más sencillo es saber que **ojear** procede de *ojo* y **hojear** de *hoja*. Cuando pasamos las hojas de un libro —leyendo o no su contenido—, *hojear*; cuando echamos un vistazo superficial a un texto, *ojeamos* y, en este caso, no tiene por qué implicar un cambio o un pasar de página.

Sin embargo, como reconoce la RAE, ambas acciones (ojear y hojear) son perfectamente compatibles en el tiempo y en determinados contextos, pues mientras se hojea un libro, también es posible ojearlo. *Ramón Ramírez trataba de ojear la portada de la revista que su compañera de asiento hojeaba.*

El único caso en el que es incorrecto emplear *hojear* es cuando nos referimos a objetos que no tienen hojas. Para **ojear** bastan los ojos, pero nadie jamás podrá **hojear** una valla publicitaria o un sobre, por muchas hojas que contenga en su interior.

## O sea, en serio, por favor



o es que nos haya dado un súbito ataque de pijotería; es que sobre todo los usuarios más jóvenes de redes sociales no cesan de agredirnos con sus múltiples o sea, en serio y, en casos más excepcionales, por favor.

Parafraseando a Jesulín de Ubrique, siempre se escriben «en dos palabras»: ***o sea, en serio y por favor***.

En el caso de la locución adverbial *en serio*, es posible que el verbo *enseriarse* (se escribe junto y significa ‘ponerse serio’), con un uso más extendido en Cuba, Perú y Puerto Rico, haya contribuido al error.

Con respecto a *o sea* y *por favor*, no hay excusa posible. Ni siquiera (también en dos palabras, por cierto) para ahorrar caracteres. Muy probablemente, quienes cometieron por primera vez estos errores estaban tecleando un SMS, las escribieron juntas y así quedaron fijadas en su memoria para siempre.

Pedimos, por favor y muy en serio, que estas expresiones se escriban separadas, o sea, que nunca más aparezcan juntas.

## *Influenciar*, el poderoso influjo del francés

**A**

hora, quien más, quien menos quiere o presume de **influenciar**, pero hasta el siglo pasado en español solo se podía aspirar a **influir**. Existen muchas dudas y toda una controversia sobre la correcta utilización del verbo **influenciar** como sinónimo de **influir**.

Como la propia RAE reconoce, **influenciar** es un verbo advenedizo que se introdujo en el español en el siglo XIX a partir del francés *influencer*, y se fue extendiendo a lo largo del siglo XX hasta generalizarse en todo el ámbito hispánico. Este «solecismo injustificable», como lo calificó María Moliner, fue introducido por la Academia en la edición de su diccionario de 1984, primero como barbarismo, como sinónimo de *influir*, para luego hacerle hueco en su amplio regazo y establecer que las diferencias entre *influenciar* e *influir* no son de significado, sino de construcción.

Así, **influir** se emplearía como transitivo (*Su cultura francesa los influyó; Fue influido por la Ilustración*) o como intransitivo, a menudo con un complemento introducido por las preposiciones *en* o *sobre* (*Francia influyó en el estilo de muchos escritores; Los escritores influyeron sobre la RAE*).

**Influenciar**, sin embargo, solo se emplea como transitivo: *Su literatura está influenciada por su proximidad*; y sería del todo incorrecto escribir: *El francés **influenció** en la lengua española*.

La inexistencia de un matiz que amplíe el horizonte léxico y justifique su adopción da la razón a todos los detractores de este verbo. Sin ánimo de ser más papistas que el Papa, a nosotros nos gustaría **influir** en su erradicación, porque en la vida, pero sobre todo en cuestiones de lengua, todo lo que no suma, resta.

## Adrede se mal escribe sin querer



Para expresar que algo se realiza con intención o deliberadamente, el español cuenta con múltiples locuciones o adverbios de modo: *intencionadamente*, *aposta*, *premeditadamente*, *a propósito*, *a sabiendas*, *ex profeso*... Todos ellos son más o menos intercambiables, aunque los más utilizados son **adrede**, **aposta** y **a propósito**.

Probablemente, por contagio de **a propósito** hay quien separa la primera vocal de **adrede**. Y también ocurre lo contrario: hay quien acaba convirtiendo la locución **a propósito** en un inexistente adverbio de modo, ya que *apropósito* no significa otra cosa que ‘breve pieza teatral de circunstancias’.

Tal vez, a la confusión también haya contribuido el hecho de que la RAE acepte como válidos tanto la locución **a posta** como su transformación en adverbio **aposta**, recomendando que se utilice este último.

La próxima vez que queramos referirnos a una acción que se realiza de manera deliberada, procuremos no confundir adverbios con locuciones y que no se nos descuelgue o junte ninguna letra sin querer.

## Hacer mutis por el foro



Esta singular expresión que, coloquialmente, significa ‘desaparecer con sigilo, retirarse sin llamar la atención’, tiene su origen en el teatro. **Mutis** proviene del latín *mutāre* (‘mudar, irse de un lugar’), y es la voz con la que el apuntador indicaba a un actor que saliera de la escena. Cuando estos finalizaban su declamación y debían abandonar el escenario, lo hacían por el **foro** (del latín *forum*), que es la parte trasera del escenario o de los decorados teatrales y la más distante del público.

«Mutis» es también lo único que escribió Gabriel García Márquez en su Twitter para despedir a su gran amigo Álvaro Mutis. Para Gabo los amigos no mueren, sino que se van a un largo viaje a Nueva York...

Y llegados a este punto, somos nosotros los que hacemos mutis por el foro.

# Índice temático

## Patadas al diccionario

Aquí hay tema  
Cuando el *más* está de más  
*En base a*, un error sin base ni perdón  
En contra de contra  
Esa ese que anda suelta  
*Espúreo*, un vulgarismo de prestigio  
Exceso de pleonasmos  
La alma máter  
No carece de lo que adolece  
No hay miembra que valga  
Positividad, una cuestión de actitud  
*Preveer*, un verbo inexistente  
Propiciar no es causar  
¡Qué nivel, Maribel!  
Siempre detrás de ti  
Una construcción que evitar

## De gramática no tan elemental

Así mismo tiene truco  
Dime de qué dudas y te diré de qué padeces  
El baile de la jota  
El ex siempre llama dos veces  
El leísmo y el laísmo que tanto sufrimos  
Falsos sinónimos o las afinidades peligrosas  
Femeninos travestidos  
Ni sí, ni no, ni todo lo contrario  
No doy abasto, pintan bastos  
Numerología  
Paronimias arriesgadas  
Plurales fabulosos  
Quizá, quizás, quizá  
*Sino*, *si no*, *sí* y *no*  
Supercalifragilístico  
Superlativos sacratísimos  
Todo tiene su porqué

## De verbos y conjugaciones

Una palabra comodín  
La construcción de los comparativos  
Una incorrección muy extendida  
Expresiones incorrectas  
Cuando sobra la s  
El error de los pedantes  
Redundancias  
Un falso significado  
Un significado erróneo  
La economía del lenguaje  
La positividad no existe  
Un error habitual  
Acepciones correctas e incorrectas  
Una incorrección muy extendida  
Nunca *detrás tuyo*  
Expresiones incorrectas

Grafías y significados  
Dequeísmo  
Distinción entre g y j  
Prefijo y sustantivo  
Leísmo y laísmo  
No es lo mismo  
Femeninos con determinante masculino  
Doble negación no es afirmación  
No es lo mismo  
La escritura de los números  
Parecidas pero diferentes  
Sustantivos colectivos  
Con s o sin ella  
Junto o separado  
Prefijo y adjetivo  
La formación de los superlativos  
Grafías y significados

Al verbo haber le da igual uno que ciento  
Cuando se trata de echar, lo primero que hay que echar es la h  
Descambiar, una falsa incorrección  
El maltrato del verbo haber  
Influenciar, el poderoso influjo del francés  
Las órdenes, en imperativo, por favor  
Ojo con [h]ojear  
Para hallar es importante que haya  
Presuntos participios  
Revelamos la rebelión  
Simultaneando que es gerundio

### **La buena ortografía**

Adrede se mal escribe sin querer  
Aun ignorándome, aún te quiero  
Cambios de guion  
El infravalorado punto y coma  
Hola, Lola:  
La h se muda  
La arroba que nos roba el género  
La importancia de escribir a gusto  
La recobrada dignidad de las minúsculas  
Marchando una de interjecciones  
Ni churras con merinas, ni siglas con acrónimos  
No hay tilde para *ti*  
No te comas la coma  
O sea, en serio, por favor  
Ojo: norma resbaladiza  
Para evitar malentendidos, usa la tilde  
Sobretudo, el nuevo must have  
¿Tendencia vintage?  
Un traje de baño más explosivo que la bomba de Bikini  
¡Viva la Pepa!

### **La vida secreta de las palabras**

Boca de guacharro  
El insospechado origen de las palabras  
Errores u horrores aceptados  
Frente contra versus  
Historia de un gazapo afortunado  
Husos horarios para diferentes usos y costumbres  
La dama y el vagamundo  
La lengua del Quijote  
Las bicicletas son para el estío  
Las palabras y el efecto Humpty Dumpty  
¡Manda huevos con manda uebos!  
¿Un piquete o un piquetero?

Nunca en plural  
Hacer no es echar  
Reivindicación de un verbo denostado  
Trucos para no perder la h  
Influir o influenciar  
El imperativo  
Ojear no es hojear  
Haber no es hallar  
Verbos con doble participio  
Con b y con v  
La incorrecta utilización del gerundio

Junto o separado  
La tilde los distingue  
Las tildes que se llevó la RAE  
El punto y coma  
Cómo empezar a escribir  
Ay, hay, ahí  
Mal símbolo  
Junto o separado  
Mayúsculas o minúsculas  
La h en las interjecciones  
Cómo escribir los acrónimos  
Sin acento  
El poder de la coma  
Junto o separado  
Los dos puntos  
La tilde lo cambio todo  
Junto o separado  
Abriendo y cerrando  
Con k o con q  
Mayúsculas o minúsculas

Rescatando un término  
Origen y evolución  
Monstruario admitido por la RAE  
Origen y evolución  
Origen y evolución  
Origen y evolución  
Vulgarismos aceptados  
El castellano de antaño  
Verano y estío  
Metamorfosis de las palabras  
Cómo se escribe  
Cómo se dice

## **El nuevo lenguaje**

Cópulas clásicas y palabras encadenadas  
El sueño de un publicitario  
La juez y la jueza  
Neoespañol en gestación  
Palabras que nos dejó la marea  
Periodiquismos  
Sin eufemismos: Obama es negro

El mal de la frase hecha  
Marcas que hoy son nombres  
Profesiones femeninas  
Palabras de moda  
Palabras de actualidad  
Errores vistos en los medios españoles  
Hablar sin tabúes

## **Localismos**

Anglicismos a full  
Chulapismos  
Mi Buenos Aires querido  
Ojalá o implorar al dios árabe sin saberlo  
¡Que viva México!  
Tótum revolútum de latinismos

Americanismos  
Madrileñismos  
Argentinismos  
Arabismos  
Mexicanismos  
Latinismos

## **De cultura popular y otras curiosidades**

Aquí hay gato encerrado  
Dormirse en los laureles  
El quinto pino  
¿En tu casa o en la mía?  
Hacer mutis por el foro  
Ir de picos pardos  
La Pacheca por el corral y la Bernarda por...  
Más larga que un día sin pan  
OK: un origen disputado  
Pasar una noche toledana  
¡Tienes más moral que el Alcoyano!  
Viernes 13

De dónde viene  
La palabra más larga del español  
De dónde viene  
De dónde viene  
De dónde viene  
De dónde viene

## **Palabras moribundas**

Adefesio  
Ajuntar  
Estulticia  
Felonía  
Hogaño y antaño  
Ignoto  
Pazguato  
Pelagatos  
Rufián

Qué significa  
Qué significa

## Fuentes consultadas

- *Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española (2001).
- *Diccionario esencial de la lengua española*, Real Academia Española (2006).
- *Diccionario panhispánico de dudas*, Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española (2005).
- *Diccionario de americanismos*, Asociación de Academias de la Lengua Española (2010).
- *Diccionario ideológico de la lengua española*, Julio Casares (2013).
- *Diccionario de uso del español*, María Moliner (2013).
- *Diccionario de usos y dudas del español actual*, José Martínez de Sousa (2008).
- *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Joan Coromines y José Antonio Pascual (2002).
- *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*, Manuel Seco (2002).
- *Diccionario normativo y guía práctica de la lengua española*, Francisco Marsá (1990).
- *Manual de la Nueva gramática de la lengua española*, Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española (2010).
- *Nueva gramática básica de la lengua española*, Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española (2011).
- *Ortografía de la lengua española*, Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española (2010).
- *El castellano actual: usos y normas*, Manuel Casado (2012).
- *Manual de español urgente*, VV. AA. (2008).
- *El nuevo dardo en la palabra*, Fernando Lázaro Carreter (2007).
- *Nuevo manual de español correcto*, Leonardo Gómez Torrego (2002).
- *Estudios de lingüística*, Fernando Lázaro Carreter (2000).
- *Anglicismos hispánicos*, Emilio Lorenzo Criado (1996).
- *The American Heritage Dictionary of the English Language*, Houghton Mifflin Company (2011).

También hemos echado mano de nuestro acervo cultural y familiar, así como de algunas referencias pescadas en el océano de la red y, por supuesto, de nuestros colegas de los medios de comunicación.

## Agradecimientos

Expresamos nuestro agradecimiento a Luis David Álvarez, licenciado en Filología Hispánica y doctor en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, por la minuciosa revisión de los textos; a Ricardo Basurto por el incondicional apoyo en su elegante y fascinante *loff.it*; y también a Noelia Tapia y María Ruiz, quienes colaboraron en el origen de esta idea.



MARÍA IRAZUSTA, fundadora y socia directora, es licenciada en Ciencias de la Información (Periodismo) y PDD por el IESE. Cuenta con más de 20 años de experiencia como periodista, en los que ha desarrollado diversas funciones en distintos medios, fundamentalmente, económicos. Durante más de 10 años, ha estado dedicada a la Comunicación Empresarial. Tiene un completo perfil profesional que cierra el círculo de la Comunicación: ha trabajado como periodista en distintos medios, ha sido directiva de empresas y, con todo el expertise adquirido, creó su propia Agencia de Comunicación.

Entre los medios en los que ha trabajado, destaca el diario *El Mundo*, donde fue responsable de *Empresas*, y la revista económica *Mercado* (Grupo Prisa), en la que fue editora y responsable de *Empresas*. También ha desarrollado su carrera en otras cabeceras económicas, como *Dinero*, y en informativos de radio. En el campo de la Comunicación corporativa, ha sido directora de Marketing y Comunicación de distintas compañías, entre las que destaca el Grupo Vallehermoso (hoy, Sacyr Vallehermoso), perteneciente al Ibex 35. Asimismo, ha realizado trabajos de Comunicación para BBVA, Endesa, Correos... Después fundó Irazusta Comunicación, empresa independiente que se ha consolidado como una de las consultoras especialistas en Comunicación más relevantes, avalada por compañías multinacionales de referencia en nuestro país, como Indra o Repsol.